

se

COLOR
LOCAL

*Truman
Capote*



Lectulandia

Color local, publicado en 1950 y renovado en 1977, recoge impresiones de viajes a Nueva York, Nueva Orleáns, España, Norte de África, Italia, Tánger, Haití... Y es que, al principio de su carrera, Capote tuvo una existencia errante que le llevó por esos y otros lugares.

Junto con sus impresiones de Nueva Orleans y la Nueva York de su infancia y adolescencia, Capote dibuja, con pinceladas impregnadas de una peculiar poesía, una perspectiva hasta ahora desconocida del autor. Por sus páginas desfilan personajes conocidos, como el matrimonio Agnelli, Cecil Beaton, Lee Radziwill o Greta Garbo, y también otros anónimos aunque igualmente antológicos, como su inolvidable criada siciliana o Hyppolite, el sorprendente pintor haitiano.

Lectulandia

Truman Capote

Color local

ePub r1.0

German25 21.11.2018

Título original: *Local color*
Truman Capote, 1950
Traducción: Javier Escobar Isaza

Editor digital: German25
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Color local

Nueva York

Brooklyn

Nueva Orleans

Hollywood

Haití

A Europa

Ischia

Tánger

Un viaje por España

Fontana Vecchia

Magia extrema

Párrafos griegos

Sobre el autor

Notas

NUEVA YORK

(1946)

ES UN MITO; la ciudad, los cuartos y las ventanas, las calles que escupen vapor; un mito diferente para todos y para cada uno, una cabeza de ídolo con ojos de semáforo, que va haciendo guiños de un verde tierno o de un rojo cínico. A esta isla —flota en el agua dulce como un témpano diamantino— llámala Nueva York, o dale el nombre que quieras; éste apenas si importa porque quien entra en ella desde la realidad mayor que es cualquier otra parte va solo en pos de una ciudad, de un lugar donde esconderse, donde perderse o encontrarse a sí mismo, donde construir un sueño en el que pruebas que tal vez, después de todo, no eres un patito feo, sino un ser maravilloso y digno de amor, como lo pensaste cuando te sentabas en el porche frente al cual pasaban los Fords; como lo pensaste cuando planeabas tu búsqueda de una ciudad.

He visto a la Garbo dos veces en la última semana; la primera en el teatro, donde ocupaba el asiento de al lado, y luego en un anticuario de la Tercera Avenida. A los doce años de edad una tediosa serie de percances me hizo permanecer mucho en cama, empleando la mayor parte del tiempo en escribir una comedia, cuya estrella habría de ser la mujer más hermosa del mundo, que fue como describí a la señorita Garbo en la carta que acompañó el manuscrito. Jamás acusaron recibo de la comedia, ni de la carta, y por mucho tiempo albergué un rencor intenso, que no se disipó por cierto hasta la noche pasada cuando, con un vuelco total del corazón, reconocí a la mujer en el asiento vecino. Fue sorprendente encontrarla tan pequeña y de colores tan vivos; como lo señaló Loren MacIver, además de aquellos rasgos uno apenas si espera que haya color también.

Alguien preguntó: «¿Piensa usted que ella tiene tan siquiera una pizca de inteligencia?», lo que me parece una pregunta absurda; en realidad, ¿a quién le importa si es inteligente o no? Ciertamente, basta con que haya podido existir un rostro así. Aunque ya la Garbo misma debió llegar al punto de deplorar la trágica responsabilidad de poseerlo. No por bromear quiere estar sola; es apenas lógico, me imagino que es el único momento en que no se siente sola: quien recorre un camino singular lleva siempre consigo algún dolor, y uno no se lamenta en público.

Ayer, en el anticuario, caminaba de un lado a otro, muy atenta a todo, aunque sin interesarse en nada, en realidad, y en un momento de locura pensé en hablarle; sólo para oír su voz, ¿me entiende? El momento pasó, a Dios gracias, y a poco había salido ella por la puerta. Fui hasta la ventana y la observé, caminando presurosa por la azul calle crepuscular, con aquel paso largo, agalopado. En la esquina dudó, como insegura de la dirección deseada. Las luces de la calle se encendieron, y una ilusión óptica creó de repente sobre la avenida un ciego muro blanco: sola y con el viento azotándole el abrigo, la Garbo, aún la mujer mis hermosa del mundo, la Garbo, un símbolo, se fue derecho hacia él.

Hoy, almuerzo con M. ¿Qué se puede hacer con ella? Dice que el dinero terminó por acabársele y que, si no regresa a casa, la familia se niega por completo a ayudarle. Es cruel, me imagino, pero le dije que no veía otra alternativa. Desde un punto de vista, por cierto, no creo que le resulte posible regresar a casa. Pertenece a la secta de quienes muy veloz e irrevocablemente son atrapados por Nueva York: la de los talentosos sin un talento. Demasiado agudos para aceptar un clima más provinciano, mas sin la agudeza necesaria para poder respirar con libertad dentro del apetecido, siguen su camino, alimentándose de manera neurótica de la periferia de la escena neoyorkina.

Sólo el éxito, y éste en una cima peligrosa, podría traer algún alivio, pero los artistas sin arte sufren siempre la tensión sin el descanso, la irritación sin la perla. Tal vez podría darse el éxito, si la presión por alcanzarlo no fuese tan tremenda. Se sienten impulsados a demostrar algo, porque la clase media, de la que brotan en su mayor parte, sólo tiene palabras fulminantes para los hombres sensibles de su medio, para sus jóvenes de inteligencia experimental que no muestran de inmediato que estos esfuerzos resultan rentables, en términos de dinero. Pero si una civilización cae, ¿es el dinero lo que sus herederos encuentran en las ruinas? ¿O es una estatua, un poema, una obra de teatro?

Esto no significa que el mundo le deba a M., ni a nadie, un modo de ganarse la vida; ¡ay!, conociéndola sé que lo más probable es que sería incapaz de escribir un poema, uno bueno, se entiende; sin embargo, conserva su importancia; sus valores se equilibran, pues es suya una dosis más que ordinaria de autenticidad, y merece un destino mejor que pasar de una adolescencia tardía a una edad media prematura, sin pasar por un período intermedio y sin nada que mostrar.

Calle abajo hay un taller de reparación de radios, a cargo de un italiano de edad, Joe Vitale. A comienzos del verano apareció un letrero en la fachada de la tienda: *The Black Wido*^[1]. Y, en letra más pequeña: OBSERVE ESTA VITRINA PARA OBTENER NOTICIAS SOBRE THE BLACK WIDO. Así que nuestro vecindario se preguntó y esperó. Pocos días

más tarde se añadieron algunas fotos amarillentas a lo exhibido; éstas, tomadas unos veinte años antes, mostraban al señor Vitale, un hombre corpulento, con su traje de baño negro que le llegaba hasta la rodilla, gorro de natación, negro también, y careta. Bajo los retratos, los subtítulos a máquina explicaban que Joe Vitale, a quien sólo habíamos conocido como el reparador de radios de hombros caídos y ojos tristes, alguna vez, en una encarnación superior, había sido nadador de primera y salvavidas en la Playa de Rockaway.

Se nos anunció que debíamos seguir observando las vitrinas. Nuestro premio llegó a la semana siguiente: en una banderola de letra destacada, *Mr. Vitale* anunciaba que *The Black Wido* estaba a punto de reanudar su carrera. Había un poema en la vitrina, y el poema se llamaba «El sueño de Joe Vitale»; contaba de sus sueños por volver a darle el pecho a las olas, a conquistar el mar.

Al día siguiente apareció una nota final: en realidad se trataba de una invitación según la cual todos seríamos bienvenidos a Rockaway el 20 de agosto, pues ese día pensaba nadar desde aquella playa hasta Playa Jones, un lugar lejano. En los días de verano que faltaban el señor Vitale se sentó en el exterior de su tienda, sobre un banco de campaña, a observar las reacciones de los transeúntes a sus diferentes manifestaciones; se sentaba allí, desprendido y como soñando, asintiendo, sonriendo cortés cuando los vecinos se detenían a desearle suerte. Un muchacho sabihondo le preguntó por qué había omitido la última letra de *Wido*, y él le respondió con calma que *widow* con *w* es para las damas.

Por algún tiempo no ocurrió nada más. Luego, una mañana, al despertar, el mundo se burló del sueño de Joe Vitale. Su historia apareció en todos los periódicos; los tabloides pusieron su foto en las primeras páginas. Y tristes fotos eran, ciertamente, pues ahí estaba él, no en un momento de triunfo sino de agonía; ahí estaba, de pie en la playa de Rockaway, con policías a lado y lado. Y en las versiones que daban tomaron esta actitud: había una vez un viejo loco y tonto que se untó de grasa y salió trotando hasta el mar, pero cuando los salvavidas lo vieron nadar tan lejos, se hicieron a sus botes y lo trajeron a la orilla; qué hombre más marrullero^[2], este cómico anciano, pues tan pronto como le dieron la espalda, se lanzó de nuevo, y entonces los salvavidas tuvieron que volver a salir remando, y *The Black Wido*, traído a la fuerza hasta la playa como un tiburón medio muerto, regresó, no para escuchar el canto de las sirenas, sino los insultos, gritos y pitos de la policía.

Habría que ir a decirle a Joe Vitale cuánto lo siente uno, cuán valiente lo considera, y decirle..., pues, lo que se pueda; la muerte de un sueño no es menos triste que la muerte, y ciertamente exige, a quienes lo han perdido, un dolor igual de hondo. Pero su tienda está cerrada y lo ha estado por mucho tiempo; ya no hay señales de él en ninguna parte, y su poema se deslizó del lugar que ocupaba, yendo a parar a un sitio donde ya no es posible verlo.

Hilary me dijo que viniera a tomar el té antes de la llegada de los demás invitados. Aunque tenía un resfriado espectacular, insistía en seguir adelante con la fiesta; naturalmente, y ¿por qué no? El papel de anfitrión es un sanalotodo para él. No importa en casa de quién esté uno, si Hilary está allí, es su casa y uno es su huésped. Para algunos esta actitud resulta demasiado altanera, pero los auténticos anfitriones siempre sienten agrado, pues Hilary, con su aspecto enorme, espectacular, y sus monólogos cargados de carcajadas y risas, le da aun a la más aburrida de las reuniones un *glamour* burbujeante. Es tan intenso el deseo que tiene Hilary de que todos se muestren glamorosos, que sean como personajes salidos de los libros de cuentos, que de algún modo se persuade a sí mismo de que las más grises de las personas se hallan bañadas de un brillo que habrá de convertirse en leyenda; y lo que es más, también a ellas las persuade, y eso explica, en parte, la ternura con la que un público, que no suele ser blando de corazón, se refiere a él.

Otro punto interesante es que Hilary siempre es él mismo, siempre te hace reír, cuando quisieras llorar, maldita sea, y existe la extraña sensación de que, después que tú te marchas, él llora por ti. Hilary, con una manta de terciopelo extendida sobre las rodillas, un teléfono en una mano, un libro en la otra, un radio, una cajita de música, otro teléfono y un fonógrafo, todos retumbando en los cuartos aledaños.

A mi llegada para el té, Hilary estaba sentado en la cama, desde donde pensaba conducir la fiesta. Las paredes de esta pieza están empapeladas de fotografías —casi todas las personas que ha conocido: damas solteras, debutantes, la secretaria de alguien, estrellas de cine, profesores universitarios, coristas, fenómenos de circo, encopetadas parejas de Westchester, hombres de negocios—: tal vez ellos se aparten de él, pero él no puede soportar perder a nadie; ni nada. Hay libros apilados en las esquinas, combando las repisas, entre ellos sus antiguos libros de texto escolar, viejos programas de teatro, cerros de conchas marinas, discos quebrados, flores muertas, recuerdos de parques de diversiones, que convierten el apartamento en un desván del país de las maravillas.

Podría llegar el día en que no exista Hilary; fácil sería destruirlo —tal vez alguien lo haga—. ¿Acaso el tránsito de la inocencia a la sabiduría ocurre en el momento en que descubrimos que no todos nos aman? La mayoría de nosotros lo aprende demasiado rápido, pero Hilary no lo sabe aún. Espero que jamás lo descubra, pues me disgustaría mucho que se viera de repente jugando en una cancha completamente solo, y comprendiera que gastaba su amor en un público que jamás estuvo allí.

Agosto. Aunque los periódicos matutinos anunciaban simplemente que el tiempo sería bueno y cálido, a mediodía era ya evidente que estaba ocurriendo algo excepcional, y los oficinistas, regresando en oleadas de su almuerzo, con la expresión de ofuscamiento y desespero de niños que están siendo amedrentados, comenzaron a marcar el número telefónico adonde se llama para obtener informes meteorológicos.

A media tarde, cuando el calor apretaba como la mano de un asesino sobre la boca de su víctima, la ciudad se convulsionaba y retorció, pero, apagados sus gritos, impedida su prisa, frenadas sus ambiciones, parecía una fuente seca, un monumento inútil; se sumió entonces en estado de coma. Las hirvientes extensiones de flácidos sauces en el Parque Central parecían un campo de batalla donde muchos han sucumbido: filas enteras de caídos yacían exhaustos, encogidos en la sombra, silenciosa como la muerte, mientras los fotógrafos de prensa, para documentar el desastre, se movían lúgubrementemente entre ellos. Por la noche, una temperatura alta abre el cráneo de una ciudad, exponiendo su blanco cerebro y sus nervios centrales, que sisean como el interior de una bombilla eléctrica.

El trabajo tal vez me rendiría mucho más si abandonara a Nueva York. Sin embargo, lo más probable es que tampoco eso sea verdad. Hasta tanto uno no llega a cierta edad, el campo le parece aburridor; y, de todos modos, no me gusta la naturaleza en general, sino en particular. Sin embargo, a no ser que uno esté enamorado, o satisfecho, o se deje llevar por la ambición, o no tenga curiosidad, o esté reconciliado (que parece el sinónimo moderno de la felicidad), la ciudad es como una máquina monumental, ideada sin descanso para gastar el tiempo, para devorar ilusiones. Al cabo de algunos días, la búsqueda, la exploración, pueden volverse siniestras y precipitadas, sudorosamente angustiosas, una carrera de obstáculos hechos de Benzadrina y Nembutal. ¿Dónde está lo que buscabas? Y, a propósito, ¿qué es lo que buscas? Rechazar una invitación es una desgracia; uno siempre responde que no, sólo para aparecerse después de sorpresa; al fin y al cabo, es difícil aislarse cuando una vocecita persistente te hace ver que por quedarte encerrado en ti mismo has dejado que el amor se vuele por la ventana, le has negado tu respuesta, para siempre has perdido aquello que buscabas. ¡Ay!, y pensar que todo esto espera sólo a diez cuerdas de distancia: date prisa, ponte el sombrero, no te pongas a tomar un bus, toma un taxi, allí, de prisa, toca el timbre: qué tal, zonzito, pásala por inocente.

Hoy es mi cumpleaños, y, como de costumbre, Selma lo recordó: el regalo acostumbrado, una moneda de diez, cuidadosamente acolchada en papel higiénico, llegó en el correo matutino. Tanto por tiempo como por edad, Selma es mi más vieja amiga: durante ochenta y tres años ha vivido en el mismo pueblito de Alabama; una mujercita encorvada, con piel ajada y cenicienta y los ojos picaros, con los párpados caídos, fue durante cuarenta y siete años cocinera en casa de mis tres tías; pero ahora, que ya murieron, se mudó a la granja de su hija, sólo —como ella lo dice— para sentarse en silencio y descansar. Mas con su regalo venía una especie de noticia, en la que decía que debía prepararme, pues un día de éstos iba a viajar en un bus de la línea Greyhound a «la grandiosa ciudad». Esto no significa nada; jamás vendrá; pero me ha

estado amenazando con hacerlo tanto tiempo cuanto dura el recuerdo. El verano antes de ver por primera vez a Nueva York, y de esto hace catorce años, solíamos sentarnos a conversar en la cocina, rasgueando nuestras voces todo el lento día; y de lo que más hablábamos era de la ciudad adonde a poco habría yo de ir. Ella tenía la idea de que allí no había árboles, ni flores, y había oído decir que la mayor parte de la gente vivía bajo tierra o, si no bajo tierra, en el cielo. Además, no había «vitualas nutritivas», ni buenas habas, frijoles, quingombó, ñame o longaniza —como teníamos en casa—. Y hace frío, decía, sí, señor desertor, váyase *pa'esa* tierra fría; *di'aquí* a que lo volvamos a ver se le va a haber congelado y caído la nariz.

Pero un día la esposa de Bobby Lee Kettle trajo unas diapositivas de Nueva York, después de las cuales Selma comenzó a decirles a sus amigos que cuando yo me fuera para el norte, ella se iría conmigo. El pueblo le pareció de pronto marchito y ordinario. Así que mis tías le compraron un tiquete de ida y regreso, pensando que ella haría el viaje de ida conmigo, daría media vuelta y regresaría. Todo marchó bien hasta que llegamos a la estación, donde Selma comenzó a llorar y a decir que no podría ir, que tan lejos de casa se moriría.

Fue un invierno triste, adentro y afuera. Para un niño, la ciudad es un lugar sin alegría. Más adelante, cuando uno es mayor y está enamorado, la doble visión de compartir con el ser amado le da textura, forma y significación a la experiencia. Viajar solo es atravesar un desierto, Pero si hay amor suficiente, a veces ve uno por sí mismo, y también por el otro. Así ocurría en el caso de Selma. Yo lo veía todo dos veces: la primera nevada, los patinadores deslizándose en el parque, los finos abrigos de piel de los curiosos niños de tierra fría, el tobogán de Coney Island, las máquinas expendedoras de chicle de bomba del tren subterráneo, el mágico Automat, las islas del río y el brillo sobre el puente en el atardecer, el azul flotar por el río de una banda de la Paramount, los hombres que entraban día tras día al patio, cantando los mismos cantos desafinados y roncós, el magnífico cuento de hadas del baratillo adonde uno iba a robar cosas al salir de la escuela; yo observaba, escuchaba, almacenando para las tranquilas horas en la cocina, cuando Selma diría, como siempre: —Cuéntame historias sobre aquel lugar, historias que sean verdaderas, claro; nada de esas mentiras—. Pero eran más que todo mentiras lo que yo le contaba; no era culpa mía, no podía recordar, pues era como si yo hubiera ido a alguno de aquellos castillos sobrenaturales visitados por los personajes de las leyendas: una vez que hemos partido, nada recordamos; lo único que queda es el eco fantasmal de una admiración que espanta.

BROOKLYN

(1946)

UNA IGLESIA abandonada, un aviso de «se alquila» que estropea su fachada barroca, torres negras y cuarteadas en la esquina de esta plaza perdida; los gorriones anidan entre las flores de piedra, talladas arriba de un portón cubierto de letreros (Kilroy estuvo aquí, Seymour ama a Betty, eres una basura); adentro, donde la luz del sol cae sobre las bancas destrozadas, toda clase de bestias descarriadas han hallado su hogar: se alcanzan a ver vagamente los gatos asomados a las ventanas, se oyen extraños chillidos de animales, y unos niños del vecindario, que se carean a ver quién se atreve a entrar, salen cargando huesos humanos, según sostienen (¡Sí, claro que lo son! Se los digo yo: al tipo lo mataron). Decididamente fea, la iglesia simboliza para mí algunos elementos de Brooklyn: si se destruyese una estructura como ésta, tengo la perturbadora premonición de que otra, igual de vieja y monstruosa, sería construida con celeridad, pues Brooklyn, o la cadena de ciudades así llamadas, no tiene, a diferencia de Manhattan, ningún interés en el cambio arquitectónico. Ni es indulgente con lo individual: uno observa con desaliento las casi interminables hileras de casas de una sola planta, iguales entre sí, las hileras de construcciones labradas y de edificios de cuatro pisos, el inevitable lote ceniciento, donde los tristes, dulces y violentos niños, recogiendo hojas y maderas de desecho, hacen hogueras en octubre; y estos tristes dulces niños salen en persecución, por las vidriosas calles de agosto, gritando: ¡Maten al perro judío! ¡Maten al puerco italiano! ¡Maten al negro inmundo! —una costumbre de estas tierras, donde la arquitectura mental, como las casas, es inmutable.

Mis amigos de Manhattan, incapaces de soportar el difícil y deprimente viaje en subterráneo (Ay, B., ven por favor, te juro que sólo son cuarenta minutos, y, créeme, sólo tienes que cambiar tres veces de tren), dicen *lo siento tanto* a cualquier invitación. Por este motivo, con frecuencia he fantaseado con alquilar y restaurar la iglesia: ¿quién podría resistirse a visitar residencia tan curiosa? Por el momento, tengo dos piezas en un edificio de cuatro pisos, duplicado por otros veinte en la plaza; el sucio interior de la casa es una selva de elementos victorianos: damas con palidez de azucena y rostros regordetes, vestidas de lánguidos velos griegos, bailan de manera tribal sobre el papel de las paredes; en el pasillo, una bandeja vacía y manchada para dejar las tarjetas de visita, y una percha, nudosa como un abeto vislumbrado en las costas de Bretaña, son los recuerdos elegantes de días menos

desafortunados de Brooklyn; el recibo está repleto de muebles orlados, cubiertos de polvo; una historia familiar desfila en daguerrotipos sobre un viejo piano desafinado; por doquier los antimacasares son como banderitas de crochet que declaran un estado de respetabilidad, y cuando una corriente de aire atraviesa el cuarto, las lágrimas de las lámparas tintinean tonadas orientales.

Sin embargo, hay teléfonos: dos arriba, tres abajo, y ciento veinticinco en el sótano; porque es en el sótano donde mis caseras están prácticamente atadas a un conmutador: la Sra. Q., una mujer enanoide que se contonea al andar, con cara de *bulldog*, ojos color lavanda con bolsas, y un increíble cabello anaranjado intenso que, lo mismo que el de su hija, la Srta. Q., lleva suelto y a la cintura, es una mujer recelosa, y su recelo es del tipo que acompaña a quienes, despreciándolo todo, andan buscando un motivo. La pobre señorita Q. no tiene más que cansancio; apacible y melosa, trabaja bajo lo que es, en esencia, una fatiga que va del nacimiento a la muerte, y a veces me pregunto si será ella en realidad la señorita Q. y no Zasu Pitts. Sin embargo, se ha establecido entre nosotros una agradable afinidad. Se basa ante todo en unos dolores de cabeza exasperantes que nos hacen erizar a ambos. Casi todos los días, en forma furtiva, se cuela hasta el piso superior, y riéndose nerviosa ante su osada travesura, pide una aspirina; su madre, devota de Bernard MacFadden, prohíbe la aspirina y cualquier otro medicamento, por considerarlos «estofado del fogón del diablo». Su historia es una vieja historia: el señor Q., «un empresario de pompas fúnebres decididamente muy importante» acabó de «pasar a mejor vida sin dar aviso previo mientras leía el *New York Sun*», dejando que su esposa y su hija solterona «siguieran viviendo sin medios visibles para ello», pues «un estafador hizo que Papá invirtiera todo su dinero en una fábrica de coronas mortuorias artificiales». Así que ella y su madre instalaron un servicio de telefonía en el sótano. De día y de noche, durante diez años, se habían alternado en interceptar llamadas dirigidas a personas que, o andaban fuera de la ciudad, o no se hallaban en casa.

—Ay, es una desgracia —dice la señorita Q., con falso desaliento, pues el papel de mujer de carrera es, para ella, la más real ilusión de una vida de ilusiones—. Le digo la verdad, por Dios, no podría contar cuántos años hace que no descanso una hora completa. Mamá, alma bendita que es, también está allí en el trabajo, pero se mantiene muy enferma, ¿ve usted? Y yo prácticamente tengo que amarrarla a su cama. A veces, tarde en la noche, me empieza a doler la cabeza... pues miro hacia el conmutador y de repente parece como si todos aquellos largos alambres fueran brazos y dedos que me apretaran para matarme.

Ocasionalmente la señora Q., según se ha sabido, va a un baño turco cerca a Borough Hall. En cambio, el aislamiento de su fatigada hija es total; si hemos de creerle, en los últimos ocho años sólo una vez ha salido del sótano, y en aquel día de fiesta acompañó a su madre a ver al señor MacFadden hacer ejercicios de calistenia en el Carnegie Hall.

Con pavor escucho algunas noches a la señora Q. subiendo acezante por las escalas, para luego hacerse presente ante mi puerta; de pie allí, amortajada en un ordinario kimono de satín, con el cabello color de puesta de sol suelto a la manera vikinga, me mira con un brillo maléfico:

—Dos más —dice, en una desagradable voz de barítono que sugiere fuego y azufre—. Las vimos desde la ventana, dos familias enteras que están llegando en camiones de trasteo.

Cuando ha acabado de rezumar toda la bilis de su amargura, le pregunto:

—¿Familias de qué, señora Q.?

—Africanos —anuncia virtuosa con un parpadeo como de lechuza— todo el vecindario se está convirtiendo en una negra pesadilla, primero fueron los judíos, ahora esto; atracadores y ladrones, todos ellos: se me hieló la sangre.

Aunque sospecho que ni la misma señora Q., se da cuenta de ello, ésta no es una mera actuación, pues de veras está muy asustada: lo que ocurre afuera no se compadece con nada de lo que ella ha conocido; el marido, de cuya mente se alimentó, se ha ido, y ella, cuyas actitudes eran sólo prestadas, jamás ha poseído una idea. Ha hecho instalar en cada puerta un número anormal de picaportes y candados, algunas de las ventanas se hallan condenadas, hay un perro ordinario cuyo ladrar revienta los oídos: alguien está afuera, un alguien informe, que quiere estar adentro. Cada paso deja constancia clara de su peso mientras baja las escalas; abajo, una imagen, la suya propia, anda a tientas en el espejo al no reconocer a la señora Q., ella se detiene, con la respiración pesada, mientras se pregunta quién estará esperando allí; le pasa un escalofrío por todo el cuerpo: dos más hoy, otros mañana, la inundación crece, su Brooklyn es la Atlántida perdida, incluso su reflejo en el espejo (un regalo de matrimonio, ¿recuerdas? cuarenta años: ¡ay! ¿qué ha pasado, dímelo, Dios mío?), incluso este reflejo es alguien, algo.

—Buenas noches —llama.

Los candados hacen clic, clic, las puertas están cerradas; ciento veinticinco teléfonos cantan en la oscuridad, las damas griegas bailan en la sombra, la casa suspira, se acomoda. Afuera, el viento trae el dulce olor a galleta de una panadería que está a varias cuadras de distancia; los marinos, camino de la calle Sands, cruzan la plaza iluminada por lámparas y levantan la mirada hacia la esquelética iglesia, para toparse con la sabiduría amarilla de unos fríos ojos de gato.

—Buenas noches, señora Q.

Oí cantar un gallo. Extraño en un comienzo, pareció serlo menos al recordar la secreta ciudad no vista, el continente de patios traseros, que en ninguna parte florecen más que aquí: el oficinista y el vendedor de zapatos, labradores de la tierra:

—Nuestros propios rábanos, ¿sabe?

Recientemente una mujer de Flatbush fue arrestada por mantener cerdos en su patio de atrás. La envidia sin duda lleve a los vecinos a quejarse. En las tardes al llegar de Manhattan, es un tanto desconcertante ver un cielo en el que realmente

brillan estrellas reales, deambular por calles cubiertas de hojas, donde los olores humeantes del otoño flotan sin diluirse y las voces de los niños que patinan en el crepúsculo le traen al silencio mensajes de regreso a casa:

—Mira, Myrtle, qué luna: como una calabaza en Halloween.

Debajo, el subterráneo bulle; arriba, el neón corta la noche, sí; a pesar de todo, oí cantar un gallo.

Como grupo, los brooklinenses forman una minoría perseguida; la imaginativa persistencia de payasos no muy corteses ha hecho que cualquier mención de su terruño desencadene risotadas compulsivas; mediante tan jocosa propaganda, su dialecto, aspecto y modales se han convertido en sinónimos de los más crudos y vulgares aspectos de la vida contemporánea. Todo esto, que quizá comenzó con bastante buen humor, ha tomado la vía hiriente de la malignidad: una dirección en Brooklyn ha dejado de ser, hoy en día, del todo respetable. Una ironía peculiar, por cierto, pues en esta desafortunada región, el hombre normal, sintiéndose casi miembro de la orden de los parias, custodia la normalidad con intensidad morbosa; de hecho, convierte la respetabilidad en una religión; con todo, la inseguridad da lugar a la hipocresía, por lo que recibe la Buena Broma con la carcajada más estruendosa de todas:

—Ajá, ¿no es Brooklyn un chiste? ¡Más gracioso imposible! —muy gracioso, sí, pero Brooklyn es también triste brutal provinciana solitaria humana silenciosa expandida irregular estridente perdida pasional sutil amarga inmadura inocente perversa tierna misteriosa, un lugar donde Crane y Whitman hallaron poemas, un dominio mítico contra cuyas playas el mar de Coney Island lanza un lamento invernal. Aquí prácticamente nadie puede dar direcciones; nadie sabe dónde queda nada, aun el taxista más viejo parece inseguro; por fortuna, ya me gradué en viajar en subterráneo, aunque aprender a montar sobre estos rieles, que, sepultados en la roca, son como venas halladas en helechos fósiles, requiere de una aplicación más rabiosa, estoy seguro, que el esfuerzo por obtener un título universitario. Andar meciéndose por los túneles carentes de sol y estrellas da una sensación de que vamos hacia afuera: el tren, moviéndose estruendoso bajo una tierra remota, parece destinado a la niebla y a la bruma, y sólo nos revela nuestra propia identidad el fogonazo, al pasar de las familiares estaciones. Una vez, mientras iba tronando bajo el río, vi a una joven de unos dieciséis años a quien sospecho que estaban iniciando en alguna cofradía; llevaba una canasta llena de corazoncitos cortados en papel escarlata.

—Compre un corazón solitario —aullaba, recorriendo el vagón—. Compre un corazón solitario —mas los pasajeros, pálidos e inexpresivos, ninguno de los cuales necesitaba uno, se limitaban a pasar las páginas de su Daily News.

Varias noches a la semana ceno en el Hotel Cherokee. Es un hotel de apartamentos, en extremo antiguo, tanto en lo referente a la decoración como a la clientela; el más joven de los Cherokees, como se llaman a sí mismos, tiene sesenta y seis años, y el mayor, noventa y ocho; las mujeres predominan, por supuesto, pero

hay también un buen surtido de viudos flacuchentos. De vez en cuando se declara la guerra entre los sexos, y es fácil deducir cuándo ha ocurrido esto, pues la sala general se hallará desierta; hay un recibo para los caballeros y otro para las damas, y hacia sus respectivos santuarios se retiran los guerreros, las mujeres haciendo pucheros y los hombres, como siempre, silenciosos y ceñudos. Ambos recibos, además de una colección deprimente de porcelanas baratas, exhiben sendos radios, y cuando la guerra se activa, las mujeres, a quienes de ordinario no les interesa en lo más mínimo, le suben el volumen al suyo hasta el máximo, tratando, por así decirlo, de ahogar las noticias de sobremesa de los hombres. El rugido se puede oír a tres cuadras de distancia, y el señor Littlelow, el dueño, un joven ya de por sí nervioso, corretea de acá para allá, amenazando con abolir los radios por completo o, peor aún, con llamar a los parientes de sus huéspedes. De vez en cuando debe acudir a esta última medida; por ejemplo, tomemos el caso del señor Gilbert Crocker, que peca con tal frecuencia que el pobre de Littlelow tuvo que mandar traer a su nieto para, entre ambos, regañar al viejo en público.

—Es centro permanente de discordia —lo acusó Littlelow con un dedo levantado en dirección al culpable—, difunde rumores maliciosos sobre la dirección, dice que leemos su correspondencia, que tenemos un trato para obtener un porcentaje con la casa funeraria Las Cascadas; le dijo a la señorita Brockton que el séptimo piso está cerrado porque se lo alquilamos a un prófugo de la justicia (una exasesina, dijo), cuando todo el mundo sabe que los ductos de agua se rompieron. Casi mata a la señorita Brockton del susto; las palpitaciones se le empeoraron. Estábamos dispuestos a pasar todo esto por alto, pero cuando comenzó a dejar caer bombillas desde las ventanas, pensamos: bueno, en realidad ha llegado la hora.

—¿Por qué dejaste caer las bombillas, abuelo? —le dijo el nieto, mirando inquieto su reloj, con deseos evidentes de que el viejo ya hubiese ido al encuentro de su Hacedor.

—No eran bombillas, hijo —corrigió el señor Crocker con paciencia—, eran bombas.

—Sí, por supuesto, abuelo. ¿Y por qué dejaste caer las bombas?

El señor Crocker repasó la asamblea de compañeros Cherokees; luego, con una sonrisa saturnina, su cabeza señaló hacia la señorita Brockton. —A ella— dijo, quería hacerla volar. Es una puerca maloliente; ella y Cook se las han arreglado entre ambos para nunca darme salsa de chocolate, para que ella, la muy gordiflona, pueda engullírsela toda.

A poco se habían reunido las damas en torno a la que el viejo pensaba convertir en su víctima, cuyas palpitaciones estaban a punto de elevarla hasta el techo; por encima de sus iracundos cloqueos se destacaron con máxima claridad las incoherencias de la señora de Allen T. Bonaparte:

—Asesinar a la querida señorita Brockton, imagínense, ¿vieron alguna vez el museo de cera de Londres? Saben a quiénes me refiero: se parecen, ¿no?

Y se sabía que esa noche los radios pondrían todas las ventanas a temblar.

Ahora bien, entre los inquilinos hay una mujer tan formidable que hace vacilar al mismo Littlelow. Grandiosa es la señora de T. T. Huett-Smith, y cuando aparece en el comedor, entre los destellos de sus diamantes amarillentos y mohosos, sólo una fanfarria musical le falta a su entrada: con pasos vacilantes avanza hacia su mesa (la que tiene una rosa, la única con una rosa: de papel, para colmo), recibiendo, al pasar, el homenaje de los que tienen ambiciones sociales: es ella el último *souvenir* que tienen de los remotos días cuando también Brooklyn mantenía a una alta sociedad. Pero, como le ocurre a cuanto permanece más allá del período normal de su florecimiento, la señora de T. T. entró en decadencia, se ha convertido en una exageración tragicómica: el lápiz labial y el rubor, de los que usa una cantidad inmoderada, se ven repugnantes en su cara delgada y arrugada, y tiene placeres perversos: con nada disfruta más que haciendo revelaciones sádicas. Cuando la señora de Bonaparte se acababa de mudar al hotel, la señora de T. T., viéndola entrar al comedor, anunció, a voz en cuello:

—Me acuerdo de esa criatura cuando su madre era una aseadora en el baño más infeliz de Coney Island.

Las tímidas y calladas hermanas Webster son otro de sus blancos:

—Esas malditas solteronas, así las llamaba siempre mi esposo.

Conozco un secreto sobre la señora de T. T.: es ladrona. Durante años ha estado introduciendo los cubiertos ordinarios del hotel en su cartera bordada, y un día, en que sin duda estaba enlagunada, llegó hasta el mostrador y pidió que le guardaran su colección, bajo llave, en la caja fuerte del hotel.

—Pero, mi querida señora de Huett-Smith —dijo Littlelow, superando el asombro— muy raro que esto le pertenezca a usted; a fin de cuentas, no sigue su estilo.

—Claro que no —dijo ella—, no, claro que no; nosotros siempre tuvimos lo mejor.

Han pasado semanas desde que fui por última vez al Cherokee. Tuve un sueño. Soñé que una de las bombas del señor Crocker los hizo volar a todos; a decir verdad, me da cierto miedo ir a ver.

Diciembre 28. Un día azul cristalino, demasiado exquisito para el sofocante recinto de la señora Q., así que me fui de paseo con un amigo por Brooklyn Heights. Charleston y la colina Beacon en Boston son los únicos lugares que he conocido capaces de proyectar una sensación del pasado que sea comparable (exceptuando el *vieux carré* de Nueva Orleans, por su calidad demasiado directamente extranjera); y de los tres, Brooklyn Heights parece el menos artificial, y con seguridad el menos explotado. Sin embargo, ya está condenado; en estos momentos un túnel avanza y hay una autopista proyectada; máquinas con dientes de acero están comiéndose sus palizadas; muchas de las viejas mansiones esperan, en la oscuridad del abandono, a la

cuadrilla de demolición; el rojo nuevo de letreros que dicen *Peligro, hombres trabajando* brilla en la sobria sombra de las encogidas calles Dickensianas: Cranberry, Píneapple, Willow, Middagh. El polvo de la piedra dinamitada cuelga su sentencia en el aire. Cuando empezó a anochecer, compramos un pastel de nueces; nos sentamos en una banca y observamos el panal de luces que se encendía en las torres allende el río. El viento formaba palomillas en el agua fría, cantaba en el arpa del puente, arrastrando las gaviotas chillonas en movimientos curvos. Mientras comía mi porción de pastel, me quedé mirando a Manhattan y preguntándome qué clase de ruinas iría a formar: en cuanto a Brooklyn, los arqueólogos de otra civilización, como los conductores de taxi de la nuestra, jamás descifrarán el secreto de sus calles, su destino, su significado.

NUEVA ORLEANS

(1946)

EN EL PATIO había un ángel de piedra negra cuya cabeza angélica se elevaba sobre gigantescas hojas de espadaña; sus ojos, de vidrio puro, brillantes como el azul desteñido de los ojos de los marineros, miraban hacia arriba. Se lo podía observar desde un intrincado balcón verde —era mío este balcón, pues yo vivía detrás, en tres viejos cuartos blancos, cuartos de cielorrasos adornados como bizcochos de novia, de amplias puertas corredizas y altas ventanas francesas. En las tardes cálidas, con las ventanas abiertas, la conversación allí resultaba agradable y melodiosa, pues el viento hacía que el interior susurrara como la brisa de un abanico, producida por mujeres antiguas. Y en tardes cálidas como éstas, la ciudad calla. Sólo voces: la charla familiar que se va entretejiendo en un porche con cortina de hiedra; una mujer descalza que canturrea, meciendo su silla en la acera, arrullando al bebé que alimenta de modo bien público; las quejas en lengua extranjera de una mujer irritada que, sentada en su balcón, despluma el pollo que va a freír; las plumas salen flotando de sus manos, se resbalan por el aire, deslizándose perezosas hacia abajo.

Una mañana —de diciembre, creo, un domingo frío, un sol triste, plomizo— subí por el Barrio Francés hacia el viejo mercado donde en aquella época del año se consiguen exquisitas frutas de invierno, dulces mandarinas satsuma, a veinte la docena, y flores de invierno, pastoras rojas y nevadas camelias. Las perspectivas de las calles de Nueva Orleans son largas y solitarias; en las horas vacías su atmósfera es como de Chirico, y las cosas inocentes (un rostro tras la luz sesgada de las persianas, unas monjas que se mueven a lo lejos, un oscuro y grueso brazo que se apoya de lado sobre una ventana, un muchacho negro y solitario en cuclillas en el callejón, soplando pompas de jabón y observando con tristeza cómo ascienden para estallar) adquieren por lo general la característica de la violencia. Ahora bien, en aquella mañana, después de recorrer media cuadra, me detuve, pues alcancé a divisar un pasadizo semejante a un túnel, y un patio cubierto de maleza. Un perro blanco, como ausente, se hallaba de pie, rígido, en la luz de los verdes helechos que brillaban al fondo del túnel; sentí un impulso por dirigirme hacia allá. En el interior, una fuente; el agua se desbordaba delicada por la boca de bronce de la estatua de un mono, y reproducía, sobre los pedruzcos del charco, el desolado repicar de una campana. De un sauce pendía un hombre con aspecto de bandido y crespos cabellos de platino; colgaba tan desgonzado como el sauce mismo. Había algo aterrador en aquel silencioso jardín

sofocado. Ciegas, las ventanas cerradas lo observaban; los caracoles dejaban una estela de plata sobre las hojas de la espadaña. Nada se movía, excepto su sombra. Aunque no había viento, se mecía un poco, para acá y para allá. Su anillo de fantasía titilaba en el sol y el brazo portaba un nombre tatuado: «Francy». El perro bajó la cabeza para beber en la fuente y yo salí corriendo. Francy, ¿sería ella la causante del suicidio? No lo sé. Nueva Orleans es un lugar misterioso.

Los ojos de vidrio de mi ángel de piedra semejaban relojes de sol, pues indicaban, por la cantidad de luz que caía sobre ellos, el tiempo: blancos al mediodía, se opacaban gradualmente; oscuros en el crepúsculo, y negros: ojos negros al anochecer sobre una cabeza que anochecía.

Los entreabiertos labios de unas chicas de cabello dorado miran con lascivia, pálidos, desde las desteñidas fachadas inclinadas de las casas: beba Dr. Nutt, Dr. Pepper, Nehi, Uva, 7-Up, Koke, Coca-Cola. Nueva Orleans, como cualquier ciudad sureña, es una ciudad llena de avisos de bebidas gaseosas; las calles de los barrios más desolados están pavimentadas con tapas de Coca-Cola, que después de la lluvia brillan en el polvo como monedas perdidas. Los carteles se desprenden, y permanecen arrugados en el suelo hasta que el viento de la tempestad los empuja por la calle, cual salvia del desierto —y hay quienes los consideran hermosos; hay quienes empapelan las paredes con el Dr. Nutt y el Dr. Pepper, con beldades de Coca-Cola que, sonriendo sobre las camas de los inquilinatos, sirven de guardianas nocturnas y de santas matutinas—. Letreros en todas partes; en tiza, impresos, pintados: «*Madame Ortega* —Lecturas, Brebajes afrodisíacos, Literatura Mágica, B-bame»; «Si no tiene nada qué hacer... no lo haga aquí»; «¿Está listo para salir al encuentro del Creador?»; «Q-idado, perro bravo»; «Tengan piedad de los pobres huerfanitos»; «Soy una viuda sordomuda con dos bocas que alimentar»; «Atención»; «Los Cantores del Ala Azul, esta noche en nuestra iglesia (firma) El Reverendo».

Alguna vez apareció esta nota en una puerta del distrito del Canal Irlandés: «Entre y vea dónde estuvo Jesús».

—¿A ver, pues? —dijo una mujer que contestó cuando toqué el timbre.

—Quisiera ver el lugar donde estuvo Jesús —repliqué, y se quedó muda por un instante; su rostro, surcado de arrugas como cortes de barbera, era de un color blanco *marshmallow*; carecía de cejas y de pestañas y vestía un kimono de percal.

—Estás demasiado pequeñito, mi amor —dijo, y una risa convulsiva le puso los senos a rebotar—, estás más chiquito qu'el carajo, como *pa'* que veas dónde estuvo Jesús.

En mi barrio había cierto café poco divertido, pues era el más vacío de toda Nueva Orleans, una auténtica agencia mortuoria. A la dueña, la señora de Kunze, sin

embargo, no parecía preocuparle; pasaba todo el día detrás de la barra, refrescándose con un abanico de palmito, y rara vez se movía, salvo para matar moscas. Ahora bien, pegados sobre un espejo viejo y agrietado, detrás del bar, había siete letreritos, todos iguales: «No se preocupe por la vida... jamás saldrá vivo de ella».

Julio 3. Recibí una tarjeta de parte de la señorita Y.: «Ya estoy en casa». Entonces la visité hoy por la tarde. La señorita Y. es encantadora, a su manera arcaica; y además cómica, aunque no a propósito. La primera vez que nos conocimos, pensé: Edna May Oliver; y hay ciertamente una semejanza. La señorita Y. habla con una entonación premeditada, pero lo que dice es errático y sus ojos ambarinos siempre están inspeccionando los alrededores. Su porte es militar y lleva consigo un bastón de hombre, de ratán, pues una de sus piernas es más corta que la otra, condición ésta que le da a su paso una cadencia de pingüino.

—Me hacía sentir mal cuando yo tenía tu edad; sí, tengo que confesarlo, pues Papá era el que tenía que escoltarme a todos los bailes, y nos sentábamos, en sillitas de oro muy lindas, y allí nos quedábamos sentados.

Ninguno de los caballeros sacó jamás a bailar a la señorita Y.; por supuesto que no, aunque un joven de Baltimore, un tal señor Jones, vino un invierno y:

—¡Santo Dios! Pobre Señor Jones; se cayó de una escalera, ¿sabes? Se rompió el cuello. Al punto murió.

Mi interés en la señorita Y. es más bien clínico y no soy, lo confieso con vergüenza, el amigo que ella me cree, pues es imposible sentirse cercano a ella: prácticamente es un personaje de cuento de hadas; alguien real, mas no probable. Es como el piano de su sala de recibo: elegante, mas algo desafinado. La casa, vieja incluso para Nueva Orleans, está protegida por una verja rota de hierro negro; el suyo es un sector pobre, plagado de avisos donde «se alquila pieza», de gasolineras, de cafés con traga-níqueles. Y sin embargo, en los días en que su familia vivió aquí por primera vez —lo que, por supuesto, ocurrió hace mucho tiempo—, no había lugar mejor en toda Nueva Orleans. La casa, asfixiada por árboles inclinados, tiene un exterior que cada vez se torna más gris; pero adentro la fantasía de la herencia de la señorita Y. se hace visible en todas partes: el golpear de su bastón al bajar las escalas de ala de pájaro pone a temblar el cristal; su rostro, un cogollo de seda arrugada, se refleja vaporoso en los espejos que llegan hasta el techo; va dejándose caer (observen, mientras esto ocurre, con cuánta curia procura que sus huesos estén cómodos) en la silla del padre del padre del padre, un receptáculo feroz y severo con brazos en forma de cabezas de león. Es hermosa aquí, en la fresca oscuridad de su casa, y se siente segura. Éstas son las paredes, la verja, los muebles de su niñez.

—Algunos nacieron para ser viejos; yo, por ejemplo, fui una niña atroz, carente de toda cualidad pero me gusta ser vieja. Me hace sentir, de algún modo —hizo una pausa, señalando la oscura sala de recibo con un ademán— más adecuada.

La señorita Y. no cree en un más allá de Nueva Orleans; a veces su carácter insular la lleva a hacer, como ocurrió hoy, comentarios pasmosos. Había mencionado yo un reciente viaje a Nueva York, a propósito del cual ella, arqueando una ceja, replicó con delicadeza:

—¡Ah! ¿Y cómo van las cosas en el campo?

1. ¿A qué se debe, me pregunto, que todos los taxistas de Nueva Orleans me parezcan importados de Brooklin?

2. Aquí se oye hablar mucho de comidas, y tal vez sea verdad que restaurantes tales como el de Arnaud y el de Kolb son los mejores de los Estados Unidos. Hay una atmósfera atractiva, perezosa, en estos restaurantes: los ventiladores de movimiento lento, las enormes mesas y la falta de aglomeraciones, el silencio, los meseros informales, pero hábiles, que parecen todos hijos de la administración. Un amigo mío, comparando a Nueva Orleans con Nueva York, señaló alguna vez que las comidas equivalentes en el este, además de ser sustancialmente más costosas, llegarían adornadas con diversos manierismos del chef, con todo el frufrú y los accesorios posibles. Como casi todas las cosas buenas, la calidad de la cocina de Nueva Orleans se derivaba, según su opinión, de una simplicidad esencial.

3. Me molesta bastante esa frase persistente de «el viejo encanto». Éste se encuentra, me imagino, en la arquitectura de aquí, lo mismo que en las tiendas de antigüedades (donde le corresponde por derecho), o en las mezclas de dialectos que se escuchan en el Mercado Francés. Pero Nueva Orleans no es más encantadora que cualquier otra ciudad sureña —de hecho, lo es menos aún, pues es la más grande—. La mayor parte de esta ciudad está compuesta de marginalidad espiritual, de calles y de barrios bastante retirados del cinturón turístico.

(De una carta a R. R.) Hay gente nueva en el apartamento de abajo, los terceros inquilinos en el último año; un lugar para transeúntes, este barrio, hola y adiós, Un auténtico villano lo habitaba cuando llegué por primera vez. Era un hombre sin escrúpulos, sucio y deshonesto —una especie de sátiro disoluto: el señor Buddy, la pandilla unipersonal—. Es más que probable que tú lo hayas visto; no aquí, claro está, sino en alguna otra ciudad, pues se mantiene en tránsito, con un banjo, un tambor y una dulzaina viejos. Solía topármelo, dándole a lo suyo en diferentes esquinas, rodeado de una banda de vagos. Como él sabía que era mi vecino, estos encuentros siempre me causaban un sobresalto. Ahora bien, a decir verdad, no era un mal músico —es más, era extraordinario cuando, bien entrada la tarde, y para su propio disfrute, cantaba baladas fantasmales, al son de su guitarra, con su dolida voz de whisky: cuán terrible para los enamorados.

—¡Oiga, muchacho! Usted, allá arriba... —yo era usted, pues jamás supo mi nombre, y jamás mostró el menor interés en averiguarlo—, baje y ayúdeme a darle mate a un par.

Su balcón, más pequeño que el mío, estaba cubierto de glicinas de dulce aroma; como no había muebles que pudieran llamarse así, nos sentábamos en el suelo, a la sombra verde, bebiendo ginebra de una marca emparentada de cerca con el alcohol antiséptico, y punteaba entonces la guitarra, con sus lamentos quejumbrosos que acentuaban el profundo registro de su voz:

—He estado en todas partes, adentro y afuera, en todos los lados; sesenta y cinco años, y la mujer que se venga a vivir conmigo jamás va a necesitar de nadie más; sí, señor, he tenido muchas esposas y muchos *pela'os*, pero que me lleve el diablo si sé qué pasó con ninguno de ellos, y me importa un bledo, tal vez con la excepción de Rhonda Kay. Ésa sí era una mujer, hombre, dulce como la miel de los pantanos, ¡y, ay, cómo la atraía yo! Se mantenía siempre ardiente, y eso que también estaba casada con un predicador bautista, y consiguió cuatro *pela'os*, cinco contando el mío. Siempre me he preguntado qué fue, si niño o niña; un niño, espero. Yo siempre les doy hombrécitos... Pero todo eso pasó hace mucho tiempo, y ocurrió en Memphis, Tennessee. Sí, señor, he estado en todas partes, he estado en prisión, en casas elegantes, como las de los Rockefeller, he estado adentro y afuera, en todos los lados.

Y podía seguir así hasta el amanecer, mientras la voz se le iba poniendo gangosa como la de las ranas y las palabras se entrelazaban para formar un cántico.

Su rostro, manchado y arrugado, tenía cierta bondad engañosa, una luminosidad infantil, pero los ojos se le rasgaban como a los orientales y mantenía las uñas largas, afiladas como cuchillos y brillantes como las de los chinos.

—Buenas para rascarse, y útiles en una pelea, también.

Siempre vestía una especie de disfraz: pantalón negro, medias rojo bombero, zapatos de tenis con las puntas rasgadas para mayor comodidad, una levita, un chaleco de terciopelo que, según decía, había pertenecido a su antepasado Benjamín Franklin, y una boina tachonada de broches que anunciaban «Vote por Roosevelt». Y no hay para qué negarlo, sí tenía un buen número de amigas —aunque una diferente por semana, es verdad—; pero rara vez faltaba alguna que le cocinara sus comidas; y en las ocasiones en que yo lo visitaba decía invariablemente y de modo por lo demás cortés:

—Le presento a mi esposa.

Una noche me desperté ya tarde, con la sensación de no estar solo; claro que sí, había alguien en el cuarto y podía verlo, a la luz de la luna sobre mi espejo. Era él, *Mr. Buddy*; estaba abriendo y cerrando los cajones de la cómoda, de manera furtiva; de repente se desparramó por el suelo la caja de mis monedas de centavo, que rodaron ruidosas por doquier. No tenía ya sentido disimular, por lo que encendí la lámpara; *Mr. Buddy* me miró de frente, apenas medio desconcertado, y sonrió.

—Oiga —dijo, jamás lo había visto tan sobrio— tengo que irme rápido de aquí.

Yo no sabía qué decir, y él dirigió la mirada al piso, con el rostro un tanto sonrojado.

—Vamos, sea bueno, ¿tiene algo de dinero?

Sólo atiné a señalarle los centavos regados; sin decir más, se arrodilló, los recogió y, caminando muy derecho, salió por la puerta.

A la mañana siguiente se había marchado. Tres mujeres han venido a preguntar por él, pero no sé de su paradero. Tal vez se encuentre en Mobile. Si lo ves por allá, R., ¿me haces el favor de enviarme una postal?

«—*¡Busco una mamita bien grande y bien gorda, sí, sí!*». Los dedos de Shotgun, largos como bananos, gruesos como pepinos encurtidos, golpean las teclas, y su pie, dando golpes contra el suelo, hace que el café tiemble. ¡Shotgun! ¡El máximo espectáculo de la ciudad! Como cantante no vale un carajo, pero, por Dios, sí sabe sacudir aquel piano. Escuchen: *Fresca en el verano, caliente después, mamá pa' las cuatro estaciones sí que es...* Ahí va, la boca gorda, bostezando como un cocodrilo, la feroz lengua roja que saborea la melodía, amándola, haciéndole el amor; fabuloso, Shotgun, fabuloso-fabuloso-fabuloso. Miren cómo se ríe, esa cara negra y loca llena de cicatrices como de perdigones, toda brillando de sudor. ¿Existe algún vicio humano que él no conozca? Pero es una lástima... Casi ningún blanco ha visto jamás a Shotgun, pues éste es un café de negros. Las empolvadas decoraciones navideñas del año pasado dan color a las descascaradas paredes arsénicas; unas tiras de papel crepé, color naranja-verde-morado colgadas de bombillas desnudas, aletean en la brisa de un ventilador cansado; el dueño, un mulato bien parecido, de párpados caídos y ojos azul lechoso, se reclina sobre el bar, gritando:

—Mire, ¿qué cree usted que es esto, una obra de caridad? Consígase esas monedas y que sea volando.

Y esta noche es sábado. El cuarto está inundado de humo de cigarrillos y de perfume de noches de sábado. Las grasientas mesitas de madera están rodeadas por filas dobles de sillas y todos se conocen entre sí, y por un momento el mundo es este cuarto, este cuarto terrible, lleno de jazz, oscuro; el latido de nuestros corazones es el pie golpeante de Shotgun, cada uno de los elementos alegres de nuestras vidas se concentra en el brillo de sus ojos maliciosos. *¡Busco una mamita bien grande y bien gorda, sí, sí!* Se mece hacia adelante en su banco, y al levantar el rostro para mirarnos en la cara, un fuerte grito ascendente se eleva en la noche: *¡Busco una mamita bien grande y bien gorda, que sacuda sus carnes, sí!*

HOLLYWOOD

(1947)

A_{PROXIMARSE} a Los Ángeles, por lo menos desde el aire, es, imagino, como surcar la superficie de la luna: formas prehistóricas surgen amenazantes de los rizos de piedra y, corroídas, miran hacia arriba, de reojo, mientras peces paleozoicos nadan en los charcos sombreados, en medio de las desiertas montañas: todo quemado y congelado, no hay seres vivos, sólo rocas que una vez fueron pájaros, huesos que son arena, helechos convertidos en ardiente piedra. Por fin, una tropa de nubes que da la bienvenida: en forma lenta nos hemos deslizado por el pasadizo de un hechicero, hay nieve en las montañas, también flores que le ponen color a la tierra, y un sol de verano se yuxtapone al mar invernal de diciembre; al bajar, el avión va partiendo el aire plumizo, dorado, increíble. Ay, se quejó Thelma, no puedo soportarlo, dijo, y se vació una cascada de *Chiclets* en la boca. Thelma había abordado el avión en Chicago; era una joven negra, más bien bonita, primorosamente vestida, y lo más hermoso que le habría de ocurrir jamás era este viaje a California.

—Lo sé, va a ser fabuloso. Durante tres años he sido acomodadora en el Teatro Lola de la calle State, sólo con el fin de ahorrar para el viaje. Mi tía lee las cartas y me dijo: «Thelma, querida, dirígete a Hollywood, pues allí te espera un puesto como secretaria privada de una actriz de cine», aunque no me dijo de cuál actriz. Espero que no sea Esther Williams. No me gusta mucho nadar.

Más adelante me preguntó si yo estaba buscando empleo para trabajar en el cine y, como la idea parecía agraderle, le dije que sí. En general se mostró muy alentadora y me aseguró que cuando se hubiera establecido de secretaria privada, lo que le daría acceso a los oídos de los grandes, no se olvidaría de mí y me prestaría todo tipo de asistencia.

En el aeropuerto le ayudé con el equipaje y acabamos por compartir un taxi. Resultó entonces que no tenía un lugar específico adonde dirigirse, simplemente quería que el conductor la dejara en «medio» de Hollywood. Fue un viaje largo y todo el tiempo estuvo sentada en el borde del asiento, insoportablemente atenta. Pero no había tanto para ver como ella se había imaginado.

—No parece correcto, —dijo al fin, como si nos hubieran jugado una mala pasada, puesto que aquí, una vez más, aunque disfrazada, se encontraba la superficie de la luna, el «ningún lugar» de todas partes; pero cuán lógico resultaba, a fin de cuentas, que aquí, en el extremo del continente, sólo halláramos un basurero de

cuanto se ha explotado como lo más americano: el golpetear de las bombas de petróleo, semejante al palpar del corazón de un demonio, avenidas llenas de ventas de carros de segunda, supermercados, moteles, el ay papi jamás vi un Chevrolet, el ay papi ay mami ay Dios santo pum pum de la publicidad, lo más grande, lo más ancho, lo mejor, regado y eterizado sin remedio por la luz inmaculada del sol y por el ruido del mar y por la dulzura preternatural de las flores que se abren en diciembre.

Durante el viaje, el cielo había tomado un tono color ceniza, y cuando entramos a la animación desteñida de Wilshire Boulevard, Thelma, dándole a su delicado sombrero de pluma un golpe protector, refunfuñó por la posibilidad de que lloviera. Ni riesgos, dijo el conductor, es sólo el viento, que sopla arena del desierto. No acababa de pronunciar estas palabras cuando las palmeras se estremecieron bajo un violento aguacero. Pero Thelma no tenía adonde ir, sino a la calle, por lo que la dejamos allí de pie, con la lluvia abriéndole el traje. Cuando un semáforo nos detuvo en la esquina, corrió hasta nosotros e introdujo la cabeza por la ventana.

—Mira, querido, acuérdate de lo que te dije; si tienes hambre o cualquier cosa, pues averigua dónde estoy —y luego, con una sonrisa encantadora—, oye, querido, que tengas suerte.

Diciembre 3. Hoy, gracias a los oficios de una amiga mutua, Nora Parker, me invitaron a almorzar donde la legendaria señorita C. El muro de una fortaleza rodea su casa y en la portería prácticamente fuimos requisados por un guardia que acto seguido llamó por teléfono para anunciar nuestra llegada, todo esto resultaba muy satisfactorio; era bueno saber que al menos existía alguien que vivía como le corresponde a una actriz famosa. En la puerta nos salió al encuentro una niña sobrealimentada, de cachetes colorados y una recargada cinta rasada que le colgaba del cabello.

—Mi mami me recomendó que los recibiera mientras ella baja —dijo, apática; luego nos condujo a un cuarto amplio y, ahora que lo pienso bien, ridículo: parecía como si algún antiguo maleante rico hubiera decorado él mismo un espléndido refugio: maliciosos canapés bajos, cerros de lascivos cojines de terciopelo y lámparas de formas sinuosas y ondulantes—. ¿Les gustaría ver las cosas de mi mami? —dijo la niña.

Lo primero que exhibió fue un gabinete de miniaturas iluminado:

—Éste —dijo, señalando una pequeña pieza de porcelana china— es un jarrón antiguo por el que pagó tres mil dólares donde Gump. Y aquella es la coctelera de oro con sus copas, también de oro. No me acuerdo cuánto costaron, pero fue mucho, tal vez cinco mil dólares. ¿Y ven aquella tetera vieja? No me van a creer cuánto vale...

Era un recital monstruoso, y hacia el final, Nora, ofuscada y buscando por el cuarto algo que le permitiera cambiar de tema, dijo:

—¡Qué flores más bellas! ¿Son de tu propio jardín?

—¡Dios santo, no! —replicó la niña, desdeñosa. Mi mami las pide todos los días a la floristería más costosa de Beverly Hills.

—¿Sí? —dijo Nora, dando un respingo—. ¿Y cuál es tu flor preferida?

—La orquídea.

—Imposible. No creo que la orquídea pueda ser tu flor preferida. De una niña como tú.

Ella pensó un momento. —Bueno, en realidad no lo es. Pero mi mami dice que son las más costosas.

En ese preciso instante se escuchó un murmullo en la puerta; la señorita C. entró brincando a través del salón, como una colegiala; su cara famosa no tenía maquillaje, las pinzas para el cabello le colgaban sueltas y vestía una bata de una franela muy ordinaria.

—Nora, querida —exclamo, con los brazos abiertos—, perdóname por mi tardanza, te lo ruego. Estaba arriba tendiendo las camas.

Ayer, sintiéndome muy goloso, recordé la cautivadora exhibición de frutas delante de una tienda que admiré varias veces al pasar conduciendo. Naranjas gigantes, uvas del tamaño de pelotas de ping-pong, manzanas amontonadas en rozagantes pirámides. Aquí las distancias crean una ilusión óptica; nada queda tan cerca como uno se imagina y no es infrecuente tener que viajar diez millas por un paquete de cigarrillos. Tuve que caminar dos millas antes de siquiera alcanzar a ver la tienda de las frutas. Los largos mostradores estaban inclinados, de suerte que desde bien lejos se divisaban los espléndidos productos, manzanas, peras. Extendí la mano para coger una de estas extraordinarias manzanas, pero parecía pegada con goma a su caja. Una vendedora se rió. —Yeso— dijo, y yo me reí también, de modo un tanto nervioso quizás, y la seguí luego con desaliento, hasta las regiones más apartadas del almacén, donde compré seis manzanas pequeñas, bastante harinosas, y seis peras pequeñas, bastante harinosas también.

Estamos en la semana de Navidad. Y hace ya un buen rato que anocheció. Bajo la ventana, un lago de bombillas electriza el valle. Desde la perturbadora transitoriedad de sus casas en lo alto de la colina, ojos transitorios las observan, casi como si pudieran apagarse de repente, cual velas por fin consumidas.

Hoy, más temprano, recorrí en bus todo el trayecto desde Beverly Hills hasta el centro de Los Ángeles. Las calles estaban atravesadas por guirnaldas; sobrepasamos un trineo motorizado que rodaba veloz, dejando una estela de blancos copos de maíz; en las esquinas, sudorosos hombres con ropa de lana hacen tintinear sus campanas a la sombra de árboles artificiales; los villancicos, lanzados por altavoces desde los postes de la luz, derraman su almíbar en el aire, y los adornos de oropel, brillando en

una haz solar de veinticuatro quilates, cuelgan por doquier como musgo de los pantanos. No podría ser más navideño, ni menos tampoco. Una vez conocí a una mujer que importó, piedra por piedra desde Italia, una auténtica villa, y la hizo reconstruir en una modesta pradera de Connecticut. ¿Y qué es la Navidad sin los niños, de quienes depende en tal medida su sentido? La semana pasada conocí a un hombre que terminó una serie de observaciones diciendo:

—Y usted sabrá, por supuesto, que ésta es la ciudad sin niños.

Por cinco días he estado sometiendo a prueba su observación, a la ligera en un comienzo, ahora con alarma enfermiza; es absurdo, lo sé, pero desde que empecé este enigmático empeño he visto menos de media docena de niños. Mas, ante todo, un punto relevante: una queja fundamental aquí es la de la superpoblación; los nativos de la vieja guardia me dicen que el terreno está repleto de elementos «indeseables»: de hordas de exsoldados, de trabajadores que se mudaron para acá durante la guerra, y de esos montañeros espirituales, los jóvenes sin ataduras; con todo, andando por ahí, tengo a veces la sensación de haberme despertado una mañana misteriosa, en medio de un mundo silenciado, desierto, donde, de la noche a la mañana, como los marinos del *Marie Celeste*, todas las almas habían desaparecido. Hay un aire de vacío dominical; aquí, donde nadie camina y los carros se deslizan en una corriente constante refulgente y silenciosa, mi sombra, moviéndose por la calle totalmente blanca, parece el único elemento vivo de un Chirico. No es el cómodo silencio que se siente en los pueblos pequeños de los Estados Unidos, aunque la atmósfera física de porches, antejardines y cercas sea con frecuencia la misma; la diferencia consiste en que en los pueblos auténticos uno puede estar bien seguro de qué clase de gente se esconde tras aquellas puertas numeradas, mientras aquí, donde todo parece transitorio, efímero, no hay ningún patrón general de población, y nada se hace con un propósito —esta calle, aquella casa, brotes accidentales; y la grieta en la pared, que en otra parte podría tener algún encanto, aquí sólo toca una fea nota que anuncia la ruina.

1. Una maestra de aquí hace poco hizo un examen de vocabulario en el que les pedía a sus alumnos el antónimo de *juventud*. Más de la mitad de la clase respondió *muerte*.

2. Ninguna casa moderna en Hollywood se considera bien dotada sin un par de maestros modernos que iluminen las paredes. Un productor de cine tiene lo que podría considerarse una pequeña galería; él se refiere a los cuadros sólo como a buenas inversiones. Su esposa es menos modesta:

—Claro que sabemos de arte. ¿Acaso no hemos ido a Grecia? California es igual a Grecia. Exactamente igual. Se sorprendería usted. Vaya y háblele de Picasso a mi esposo; él le puede dar la información verdadera.

El día en que vi su famosa colección, tenía conmigo un cuadro para llevar a la marquetería, una pequeña litografía de Klee.

—Es agradable —dijo la esposa del productor con cautela—. ¿Lo pintó usted mismo?

Esperando un bus, me encontré con R, a quien admiro bastante. Tiene ella el tipo de ingenio que excluye la maldad y, lo que es menos común, ha logrado pasar treinta años en Hollywood con humor y dignidad. Naturalmente, no es muy rica. Al presente vive encima de un taller. Es interesante, pues para los estándares locales ella ha fracasado, lo que, junto con la edad, resulta imperdonable; aún así, el éxito le rinde un homenaje, y las sesiones de café que ofrece los domingos tienen una asistencia bien luminosa, debido a que, encima de aquel taller, se las ingenia para dar una sensación momentánea de seguridad, comunicando a todos el sentimiento de que poseen raíces. Es además un álbum de recortes sin fin, y hace que la secuencia temporal de su conversación cambie, deslizándose, hasta que, mientras te clava los ojos de flor de maíz, Valentino pasa rozándote el brazo con suavidad, la Garbo, joven, ronda por la ventana, John Gilbert aparece en el prado, de pie como una estatua al atardecer, Fairbanks padre sube rugiendo por el camino de entrada, mientras dos mastines aúllan en el asiento retumbante.

P. se ofreció a conducirme a casa. Pasamos por Santa Mónica, a fin de que pudiera dejar un regalo para A., aquella dama triste y nerviosa, que una vez, después de la partida de su tercer esposo, lanzó un Oscar al océano.

Lo que más me intrigaba de A. era la manera que tenía de aplicarse los cosméticos, una ejecución brutalmente objetiva; con ojos fríos, calculadora, esgrime las pinturas y polvos como si el rostro le perteneciera a otra persona, logrando, en el proceso, suavizar todo lo que el tiempo le ha dado.

Cuando salíamos, la empleada del servicio se acercó a decirnos que el padre de A. quería vernos. Lo encontramos en un jardín que da al océano; un hombre nudoso, flemático, con el cabello blanco azulado y la piel de un pardo más intenso que el yodo, se hallaba desplomado sobre un parche de sol, con los ojos cerrados, sin que sonido alguno lo molestara, fuera del soporífero golpear de las olas y el adormecedor canto de las abejas. A los viejos les encanta California; cierran los ojos, y el viento, a través de las flores de invierno, dice duerman, el mar dice duerman: es un avance de lo que será el cielo. Desde el amanecer hasta que oscurece el padre de A. persigue al sol por su jardín, y en días lluviosos mata el tiempo haciendo brazaletes con tapas de botellas de cerveza. A cada uno de nosotros nos dio uno de los brazaletes, y con una voz que el dulzón aire que soplabá apenas si alcanzaba a traernos, dijo:

—Que tengan una feliz Navidad, muchachos.

HAITÍ

(1948)

PARA MIRARLO, tal vez Hipólito sea un hombre feo: delgado como un mono, macilento, muy oscuro, mira (a través de un par de anteojos de maestro plateados) y escucha con el refinamiento más constante y cortés, mientras sus ojos reflejan una sutil comprensión elemental. Se siente cierta seguridad cuando uno está con él, se crea entre ambos una situación bien poco frecuente: no hay sensación de aislamiento.

Esta mañana oí que en la noche murió su hija, una niña de ocho meses de edad; tiene otros hijos, ha estado casado muchas veces, cinco o seis; así y todo, cuán difícil debe ser esto, para él que ya no es un hombre joven. Nadie lo ha dicho, me pregunto si habrá un velorio. En Haití los velorios son extravagantes y tienen un estilo muy peculiar: los dolientes, extraños en su mayor parte, arañan el aire, tamborean con sus cabezas contra el suelo, expresan al unísono, lamentándose, una aflicción perruna. Oído de noche, o visto de repente en una carretera en el campo, parece tan extraño que el corazón tiembla, y luego comprende uno que se trata en esencia de mímica.

Por ser el más popular de los pintores primitivistas haitianos, Hipólito podría permitirse una casa con agua corriente, camas de verdad y electricidad; y sin embargo, vive a la luz de una lámpara, de una vela, y todos los vecinos, viejas damas arrugadas de cabezas de coco y jóvenes marineros bien parecidos, pueden asomarse y ver sus trabajos, así como puede él hacerlo con los de ellos. Cierta vez, hace algún tiempo, un amigo se propuso alquilarle a Hipólito otra casa, un lugar bien construido, con pisos de cemento y paredes tras las cuales pudiera esconderse; Hipólito, por supuesto, no se sintió contento allí, pues no necesitaba ni de la reserva ni de la comodidad. Ésta es la razón que me hace encontrar admirable a Hipólito, pues nada en su arte ha sido trasladado con malicia, utiliza lo que vive dentro de sí, y aquello es la historia espiritual de su pueblo, de sus cantares y cultos.

En el cuarto donde pinta se exhibe, de modo destacado, un enorme caracol con forma de trompeta; rosado y elaboradamente enroscado, parece una flor del océano, una flor subterránea, y al soplar a través de él surge un rugido ronco y solitario, un sonido como de viento: para los marineros es un cuerno mágico que llama al viento, e Hipólito, que piensa hacer un viaje alrededor del mundo a bordo de su propio barco de velas rojas, practica en él con regularidad. La mayor parte de su energía y la totalidad de su dinero se le van en la construcción de este barco; hay en su dedicación una característica que se ve con frecuencia en aquellos que supervisan la preparación

del propio funeral, la construcción de la propia tumba. Una vez que se ponga a la mar y haya perdido vista la tierra, me pregunto si alguien lo volverá a ver.

Desde la terraza donde me siento a leer o a escribir por las mañanas puedo ver las montañas por las que el azul se desliza, cada vez más azul, hasta la bahía del puerto. Más abajo está Puerto Príncipe entero, un pueblo cuyos colores han palidecido, debido a los siglos de sol, convirtiéndose en descascarados pasteles históricos: una catedral gris cielo, una fuente de jacinto, una verja verde óxido. A la izquierda, y como una ciudad dentro de esta otra, hay un gran jardín de piedra caliza barroca; aquí está el cementerio; aquí es donde, en medio de la plana luz metálica y de monumentos parecidos a jaulas de pájaros, traerán a su hija; la subirán por la colina una docena de ellos, vestidos con sombreros de paja y de negro, con un fuerte aroma de alverjas en el aire.

1. Díganme, ¿por qué hay tantos perros, a quién pertenecen y qué objeto tienen? Sarnosos, de ojos tristes, se arrastran por las calles en pequeñas manadas, como cristianos perseguidos; todos ellos, inofensivos de día; llegada la noche ¡cuánto exageran su vanidad y sus voces! Primero uno, el otro, luego todos, a lo largo de las horas se pueden oír sus andanadas enfurecidas, amargas, elevando súplicas a la luna. S. dice que es como un reloj despertador al revés, pues cuando los perros comienzan, y esto ciertamente ocurre temprano, es hora de acostarse. Es mejor hacerlo; la ciudad ya ha bajado las cortinas a las diez, con excepción, claro está, de los fines de semana de *rahras*, cuando los tambores y los borrachos ahogan a los perros. Pero me gusta escuchar la multitud matutina de cantos de gallos que pone en movimiento una cascada de reverberaciones. Por otra parte, ¿habrá algo más irritante que la algarabía de los cláxones de los carros? A los haitianos que poseen automóviles parece fascinarles hacerlos sonar; comienza uno a sospechar que esta actividad tiene un significado político o sexual.

2. Si fuese posible, me gustaría hacer una película aquí; con excepción de la música de fondo, ésta sería muda, nada más que una cámara que encuadra brillantemente la arquitectura, los objetos. Hay una cometa, sobre la cometa un ojo pintado en crayón, ahora el ojo se libera y ondea en el viento, se enreda en una cerca y nosotros, el ojo, la cámara, vemos una casa (como la de M. Rigaud). Es una estructura alta, frágil, algo absurda, que no representa ningún período en especial y parece de ascendencia infinitamente bastarda: la influencia francesa, e Inglaterra, en su sombrío atuendo victoriano; tiene también una calidad oriental, detalles que sugieren un farol de papel corrugado. Es una casa esculpida; sus torrejones, torres y pórticos están adornados de cabezas de ángel, formas como de copos de nieve, corazones de enamorados: a medida que la cámara los va dibujando oímos el provocador golpeteo submusical de unas varas de bambú, Muy de repente, una ventana; un merengue de cortinas, blanco como el azúcar, un ojo semejante a un

globo y luego un rostro, una mujer como una vieja flor disecada; azabache en la garganta y peinetas de azabache en el cabello; la pasamos a ella, penetramos en su cuarto, dos camaleones verdes corren por encima del espejo del escaparate, su imagen brilla. Como notas de piano disonantes, la cámara se va moviendo con movimientos cortos, rápidos, secos, y nos damos cuenta de acontecimientos jamás observados por nuestros ojos: el pétalo de una rosa que cae, un cuadro torcido. Acabamos de comenzar.

3. Son más bien pocos los turistas que vienen a Haití, y un buen número de los que lo hacen, en especial la pareja típica estadounidense, se la pasan por ahí, sentados en sus hoteles, con un malhumorado sentimiento de superioridad. Es triste, pues de todas las Indias Occidentales Haití es sin duda la más interesante; sin embargo, cuando uno piensa en los objetivos de estos veraneantes, a su actitud no le falta razón; la playa más cercana está a tres horas en carro, la vida nocturna no causa impacto, no hay ningún restaurante que tenga un menú de veras distinguido. Fuera de los hoteles, sólo hay unos cuantos lugares públicos adonde poder ir tarde en la noche, a beber ron con soda; entre éstos, unos de los más agradables son los prostíbulos, retirados entre el follaje, por la carretera a Bizonton. Todas las casas tienen nombres, más bien egoístas^[3]; el Paraíso, por ejemplo. Y son del todo respetables, se observa un decoro absoluto en el recibo; las muchachas, la mayor parte de ellas de República Dominicana, se sientan en el corredor del frente a mecerse en sillas mecedoras, abanicándose con retratos de Jesús hechos de cartón y chismoseando de un modo suave y burlón; semeja cualquier escena veraniega en los Estados Unidos. La cerveza, no el whisky, y ni siquiera el champaña, se considera de rigor, y si uno quiere causar buena impresión, es éste el trago que debe pedir. Una chica que conocí puede consumir treinta botellas; es mayor que las demás, usa pintalabios lavanda, tiene caderas de rumba y lengua viperina, todo lo cual hace de ella una dama realmente popular, aunque ella misma diga que jamás sentirá que alcanzó el éxito, mientras no tenga con qué convertir todos los dientes de su boca en oro macizo.

4. El gobierno de Estimé ha pasado una ley que prohíbe caminar en las calles sin zapatos: esto es una norma dura, antieconómica, e incómoda también, en especial para aquellos campesinos que deben traer sus productos a pie hasta el mercado. Mas el gobierno, ansioso ahora por convertir el país en una atracción turística mejor, piensa que los haitianos descalzos podrían deprimir este mercado potencial, que la pobreza de la gente debería estar oculta. En general, sin embargo, aunque los haitianos *realmente* sean pobres, su pobreza no tiene aquella atmósfera viciosa, malvada, que rodea la clase de pobreza que necesita guardar las apariencias. Siempre me molesta que alguna perogrullada popular resulte verdadera; sin embargo, supongo que es un hecho que los más generosos de entre nosotros sean quienes menos tienen con qué serlo. Casi cualquier haitiano que venga a verte acabará su visita presentándote un regalito, por lo general curioso: una lata de sardinas, un carrete de

hilo; pero estos regalos se dan con tal dignidad y ternura que, ¡ah! las sardinas se han tragado perlas, el hilo es de la más pura plata.

5. Ésta es la historia de R. Hace algunos días salió al campo a dibujar; de repente, al llegar a la base de una colina, vio a una niña alta, de ojos rasgados, andrajosa. Se encontraba atada al tronco de un árbol, asegurada allí mediante un alambre y un lazo. Al comienzo pensó que era una broma porque ella se rió de él, mas cuando trató de desatarla aparecieron varios niños y comenzaron a golpearla a palos; él les preguntó por qué estaba la niña amarrada al árbol, a lo que se rieron, gritaron y no le quisieron responder. A poco se les unió un viejo; llevaba una calabaza llena de agua. Cuando R. preguntó otra vez por la muchacha, el viejo, nublados los ojos por las lágrimas, dijo:

—Es mala, *monsieur*, es inútil, es muy mala —y movió la cabeza de un lado para otro. R. comenzó de nuevo a subir la colina, luego, volviéndose, vio que el hombre le dejaba beber de la calabaza, y cuando pasó el último trago, ella le escupió en la cara; con suave paciencia, el anciano se limpió y se apartó, caminando.

Me gusta Estelle, y debo decir que me ha empezado a gustar menos S, porque a él no le gusta: no hay marca de intolerancia más molesta que la que resulta de condenar en otros los rasgos que uno mismo posee: en opinión de S., Estelle es sensual, vulgar, un fraude; S., por cierto, exceptuando la primera de las mencionadas, no está exento de tales cualidades. De todos modos, delata una naturaleza superior el inconscientemente vulgar que el conscientemente virtuoso. Aunque S., por supuesto, está de moda entre los de la colonia estadounidense de aquí, cuyos puntos de vista, con aisladas excepciones, son grises con frecuencia y siempre son severos. A Estelle no la quiere ningún grupo.

—¿A quién le importa un carajo? —dice ella—. Oiga, bobo, a mí no me pasa nada malo, fuera de ser tan divina, y cuando una muchacha es tan bonita como yo y no permite que una partida de desgraciados anden arrastrándose por encima, pues, entonces, de malas, ¿entiende?

Estelle es una de las muchachas más altas que he conocido, mide sus buenos uno con ochenta; su rostro es fuerte y huesudo, al estilo sueco, el cabello rojizo, los ojos verde gato: de algún modo está siempre envuelta en una atmósfera que sugiere que un huracán acaba de revolcarla. Es, en realidad, varias Estelles. Una de días, la heroína de una novela mis bien mala: aquí hoy, ausente mañana, qué tal, tú, mundo cruel, escuela de bribones. Otra Estelle es una cachorrita grande, loca por enamorarse: siempre convencida de que las más absurdas de las gentes tienen las más honorables de las intenciones. Una tercera Estelle no es tanto umbría cuanto sombría: ¿quién es Estelle? ¿qué hace aquí? ¿cuánto tiempo piensa quedarse? ¿qué la lleva a levantarse por la mañana? De vez en cuando, este tercer componente de la múltiple señorita E. hará referencia a su «trabajo». Pero la naturaleza del trabajo jamás podrá precisarse. La mayor parte del tiempo la pasa sentada en un café del Champ de Mars, bebiendo ponches a un precio de diez centavos la ronda. El cantinero anda siempre dormido y cuando ella necesita algo se acerca contoneándose y le golpea la cabeza, como si se

tratara de un melón maduro. Un perrito orejimocho y locato la sigue por todas partes, y suele mantener cerca de sí también a algún compinche humano. El preferido es un hombre pálido, vestido con elegancia, que podría ser vendedor de biblias; de hecho, es un actor ambulante de variedades, que brinca de isla en isla con una maleta llena de títeres y una mente llena de tonterías. En las tardes despejadas Estelle establece sus cuarteles junto a una mesa en la acera, frente al café; muchas de las jóvenes nativas traen sus cuitas de amor a esta mesa: el amor de los demás lo toma con seriedad y tristeza. Alguna vez se casó, ignoro cuándo o con quién, su imprecisión es total, pero, y aunque ella sólo tiene veinticinco años, debió haber sido hace muchísimo tiempo. Anoche pasé por el café, y como de costumbre estaba sentada a su mesa en la acera. Pero había una diferencia. Estaba maquillada, cosa que rara vez hace, y llevaba un vestido de buen gusto, convencional; dos claveles rosados quemaban su cabello, un tipo de decoración de la que la creía incapaz. Además, nunca antes la había visto borracha de verdad.

—Sabelotodo, qué tal, ¿eres tú? Sí, sí —dijo, dándome un golpecito en el pecho—, óyeme, muchacho, te voy a dar una prueba fehaciente, te voy a demostrar que es un hecho que, cuando uno ama a alguien, este alguien lo puede hacer a uno comer *cualquier* maldita cosa. Mira —y se arrancó un clavel del pelo—, está loco por mí —dijo, lanzándole la flor al perrito echado a sus pies—, se la va a comer, sólo porque yo le digo que lo haga, la madre si no.

Pero el perro no hizo más que olfatear.

Los últimos fines de semana aquí han estado dedicados a los *rahrahs* que preceden al carnaval, y el carnaval, que comenzó ayer, dura tres días. Los *rahrahs* son pequeños avances del carnaval mismo; el sábado, en algún momento después de mediodía, comienzan los tambores; tocan aisladamente al principio, uno arriba en las colinas, otro más cerca de la ciudad; van y vienen estas señales, insinuantes, insistentes, hasta que se establece una vibración saturante que hace temblar la superficie del silencio, se riza como lo hacen las ondas de calor, y aquí donde estoy, solo en este cuarto con color de arsénico, toda acción parece provenir de su sonido: tam tam tam, allá, mire: la luz vibra en el frasco de agua, una burbuja de cristal, puesta en movimiento, rueda por una mesa, se estrella contra el suelo, el viento, agarrando las cortinas, enroscando hojas de la biblia, dice tam tam tam. Al llegar el crepúsculo, la isla asume la forma extendida del batir de los tambores. Pequeñas bandas de juguistas; formadas por grupos familiares o por sociedades secretas, recorren las calles; todos cantan canciones diferentes que suenan igual; el jefe de cada banda lleva plumas en el pelo, un traje de retazos con lentejuelas, y cada uno tiene un par de gatas oscuras ordinarias; mientras los demás cantan y golpean el suelo con los pies, él va girando, meneando las caderas, mueve la cabeza a un lado y al otro como una lora perversa: todo el mundo ríe y algunas parejas se reúnen a bailar con las cabezas echadas hacia atrás,

los labios separados, tam tam tam, el ritmo hace que las caderas roten, los ojos son ricas lunas, tam tam tam.

Anoche, R. me llevó al corazón del carnaval. Íbamos a ver la ceremonia de un joven *houngan*, es decir, de un sacerdote vudú, un muchacho extraordinario éste, cuyo nombre jamás llegué a oír. Ésta se desarrollaba a una cierta distancia de la ciudad, por lo que debimos tomar un autobús, una pequeña camioneta que puede con incomodidad llevar diez pasajeros, pero en la que había casi el doble, algunos disfrazados, incluyendo a un enano que vestía una gorra de campanas y a un viejo con una máscara que semejaba las alas de un cuervo; R. estaba sentado junto al viejo, que en algún momento le dijo:

—¿Entiende usted lo que es el cielo? Sí, creí que lo entendería; pero fui yo quien lo hizo.

A lo que R. le contestó:

—¿Me imagino que también hizo la luna?

El hombre asintió:

—Y las estrellas, son ellas mis nietas.

Una mujer buscapleitos dio un golpe con las manos y anunció que el viejo estaba loco.

—Pero mi querida señora —replicó—, si estoy loco, ¿cómo pude haber hecho cosas tan bellas?

Fue un viaje lento; el autobús se detenía, aparecían multitudes en torno, en la oscuridad se podían entrever caras escondidas tras las máscaras, mientras la arcaica luz de las velas las bañaba como una excéntrica lluvia amarilla.

Cuando llegamos adonde el *houngan*, un lugar tranquilo, más alto que la ciudad, con la única estridencia de los ruidos nocturnos de los insectos, ya la ceremonia había comenzado, aunque el *houngan* mismo no hubiera aparecido. En torno al templo, una barraca larga, con techo de paja, provista a ambos extremos de cuartos para los altares (las puertas de estos cuartos se encontraban cerradas, pues detrás de una de ellas esperaba su entrada el *houngan*) había tal vez cien haitianos silenciosos y solemnes. En el espacio abierto entre los cuartos, siete u ocho muchachas descalzas, todas vestidas de blanco, con pañoletas blancas enrolladas sobre la cabeza, se movían en un círculo serpenteante, dándose palmadas en los costados y cantando una melodía a la que dos tambores hacían eco. Una lámpara de kerosene lanzaba las humeantes sombras horizontales de las bailarinas y las que tocaban el tambor, concentrados ambos, ambos semejantes a ranas, se bamboleaban sobre las paredes. De repente cesaron los tambores, las muchachas formaron un callejón que conducía hasta la puerta de un altar. Había tanto silencio que uno casi alcanzaba a reconocer las diferentes especies de insectos que daban sus serenatas. R. me pidió un cigarrillo, pero no quise dárselo: ¿quién fuma en una iglesia? y el vudú, a fin de cuentas, es una religión real, muy compleja, una a la que, sin embargo, mira con desprecio la burguesía haitiana, que cuando es algo, es católica; por esta razón se pensaría que,

como una especie de compromiso, se ha colado tanto catolicismo en el vudú; un retrato de la Virgen María, por ejemplo, y una imagen del Niño Jesús, representado a veces por un muñeco hecho en casa, se hallarán adornando el altar de casi cualquier *houngan*. Y las funciones primordiales del vudú no me parecen básicamente diferentes de las de otras religiones: se acude a ciertos dioses, símbolos, se aplacan las presiones del mal, el hombre es débil mas lo protege Dios, anda rondando la magia y los dioses son sus dueños, que ora le otorgan un hijo a la esposa de algún hombre, ora permiten que el sol queme sus cosechas, le arrancan su aliento al cuerpo, mas lo premian con un alma. En el vudú, sin embargo, no hay límite entre el país de los vivos y el de los muertos; los muertos se levantan y caminan entre los vivos.

De nuevo comenzaron los tambores, las voces de las muchachas se intercalaban entre los compases lentos, dramáticos, y entonces se abrió la puerta al altar: salieron tres muchachos, cada uno portando un plato lleno de diferentes sustancias —cenizas, harina de maíz, polvo negro— y velas, como las de un bizcocho de cumpleaños, encendidas en el centro de estos materiales; balanceando los platos sobre una piedra redondeada, los muchachos se arrodillaron, mirando hacia la puerta. Los tambores se hicieron más tenues, comenzó un nervioso estrépito rítmico, causado por una calabaza llena de vértebras de serpiente, y con rapidez, como un espíritu que inesperadamente se ha solidificado, el *houngan* salió, deslizándose etéreo como un pájaro por entre la hilera de muchachas y por todo el cuarto, con los pies y los tobillos tintineando con brazaletes de plata, al parecer sin que tocaran el suelo en lo más mínimo, y las ropas sueltas de seda escarlata susurrando como alas. Llevaba una malla de terciopelo rojo envuelta en torno a la cabeza, una perla brillaba en la oreja. Aquí y allá se detenía, como un colibrí, y estrechaba entre las suyas las manos de algún devoto: tomó las mías y yo lo miré en la cara, una cara asombrosa, andrógina, hermosa de verdad, una combinación inquietante de piel negro azabache y de rasgos caucásicos; no podía tener más de veinte años; con todo, había en torno a él algo inexplicablemente viejo, dormido, inmóvil.

Por fin, tomando un puñado de harina de trigo y cenizas, comenzó a dibujar un *verver* sobre el suelo; hay en el vudú centenares de *ververs*, que consisten en diseños complicados, un tanto surrealistas, cada uno de cuyos detalles tiene implicaciones y cuya ejecución exige no sólo el tipo de memoria académica requerida, digamos, para tocar un programa completo de Bach, sino también una técnica o arte especialmente precisos. Mientras los tambores se hacían más explosivos y rápidos, él andaba inclinado, absorto en SU arte, como una araña roja que, en lugar de seda, arroja una feroz y cenicienta red de coronas, líneas entrecruzadas, serpientes, formas fálicas, ojos, colas de pescado. Luego, terminado ya el *verver*, regresó al cuarto del altar, y reapareció vestido de verde, con una enorme bola de hierro en las manos; estando allí de pie, la bola se incendió, un azul sagrado la envolvía como las atmósferas de la tierra; portándola aún, cayó de rodillas, se arrastró, aplaudido por los cánticos y gritos, y cuando las llamas se enfriaron, se levantó, extendiendo hacia arriba las

palmas, que no se habían quemado. Un temblor le invadió el cuerpo, como si un viento desconocido lo traspasara, los ojos se volvieron hacia adentro de sus órbitas, el espíritu (dios y demonio) se abrió como una semilla y floreció en su carne; asexuado, no identificable, recogía entre sus brazos al hombre y a la mujer. Quienquiera que fuera su pareja, giraban sobre las serpientes y los ojos del *verver*, sin alcanzar jamás, misteriosamente, a molestarlos, y cuando cambiaba por otro, el compañero descartado se lanzaba, por así decirlo, al infinito, se rasgaba el pecho y gritaba. Y el joven *houngan*, brillando de sudor, con el arete de perla suelto, salió corriendo, hasta darse con la puerta más lejana, cerrada: cantando, gritando golpeó las manos sobre ella, hasta dejar huellas de sangre. Era como si fuera él una polilla, y la puerta, la brillante enormidad de una bombilla, pues más allá de este obstáculo, inmediatamente detrás de él, había magia; el secreto de la verdad, pura paz. Y si la puerta se hubiese abierto, como jamás ocurrirá, ¿la habría encontrado a ella, la inalcanzable? Que él así lo creyera es lo único que importa.

A EUROPA

(1948)

SI TE QUEDABAS muy quieto alcanzabas a oír un arpa. Trepamos al muro; allí, entre las encarnadas flores empapadas por la lluvia, en el jardín de aquel castillo, cuatro misteriosas figuras sentadas: un joven que planteaba un aspa de mano y tres viejos ociosos, vestidos de negro a parches: con cuánta nitidez se destacaban contra el verde tempestad del aire. Y comían higos, de aquellos higos italianos tan gordos que el jugo les chorreaba por las comisuras de la boca. Al borde del jardín se extendía la orilla marmórea del Lago di Garda, cuyas aguas se arremolinaban en el viento; supe entonces que siempre me daría miedo nadar allí, pues, como distorsiones escondidas en el fondo de la belleza de un cristal verde oscuro, en las profundidades de un agua tan ominosamente clara, tenía que haber horripilantes criaturas en movimiento. Uno de los hombres lanzó una cáscara de higo demasiado lejos, y un trío de cisnes, perturbado por ella, despertó un murmullo entre los caramillos del agua.

De un brinco, D. descendió del muro y me indicó con señas que lo acompañara; pero yo no era capaz; no en aquel momento: porque de repente todo era verdad y yo quería que su verdad durara un momento más —jamás la iba a volver a sentir de modo tan total; aun el movimiento de una hoja habría hecho que se perdiera, del mismo modo como un acceso de tos arruinaría por siempre una nota alta de Tourel—. ¿De qué verdad se trataba? Sólo de la verdad de la justificación: un castillo, cisnes y un muchacho con un arpa, para que todo el mundo fuera como salido de un libro de cuentos infantiles —antes que el príncipe hubiera entrado o la bruja hubiera lanzado su conjuro.

Estaba bien haber ido a Europa, aunque sólo fuera porque yo podía volver a mirar con asombro. Pasada cierta edad o cierta sabiduría es muy difícil mirar con asombro; esto se hace mejor cuando uno es niño; después, si tienes suerte, hallarás el puente de la niñez y lo pasarás a pie. La ida a Europa fue algo así. Fue el puente de la niñez, un puente que conducía allende los mares y a través de los bosques, derecho hasta los paisajes primeros de mi imaginación. De diversas maneras, había ido a una buena cantidad de lugares, desde México hasta Maine —y pensar que tuve que; recorrer todo el camino hasta Europa para regresar a mi tierra natal, a mi chimenea y al cuarto donde los cuentos y las leyendas parecían siempre vivir por fuera de los límites de nuestro pueblo. Y es allí donde estaban las leyendas; en el arpa, el castillo, el murmullo de los cisnes.

Un viaje más bien brutal nos había traído aquel día desde Venecia hasta Sirmione, un encantador y diminuto pueblo en el extremo de una península que penetraba en el Lago di Garda, el más azul, el más triste, el más silencioso, el más bello de los lagos italianos. De no haber sido por el horrible incidente con Lucía, dudo que hubiéramos salido de Venecia. Yo estaba totalmente feliz allí, a no ser, claro está, por el increíble ruido que hay: no el ruido ordinario de una ciudad, sino la incesante discusión de voces humanas, remos en rápido movimiento, pies que corren. Alguna vez, alguien le sugirió a Oscar Wilde que se retirara allí del mundo.

—¿Y volverme un monumento para los turistas? —preguntó.

Con todo, había sido un excelente consejo, y otros diferentes a Oscar lo han seguido: en los palacios a lo largo del Gran Canal hay colonias de personas que no se han mostrado en público durante varias décadas. La más fascinante de todas fue una condesa sueca cuyos sirvientes le traían frutas en una góndola negra adornada con campanas de plata; su tintineo creaba una música atmosférica, pero pavorosa. Sin embargo, Lucía nos persiguió de tal manera que tuvimos que huir; una chica musculosa, excepcionalmente alta para ser italiana y con un permanente olor a condimentos baratos, era la jefa de una banda de malhechores juveniles, jóvenes desubicados que habían llegado al norte en manadas para la temporada de Venecia. Sabían ser encantadores, al menos algunos de ellos, aunque vendieran cigarrillos que contenían más paja que tabaco, aunque te quemaran al cambiarte moneda corriente. El asunto con Lucía comenzó un día, en la Plaza de San Marcos.

Se nos acercó y nos pidió un cigarrillo; al punto, D., cuyo corazón ignora que ya abandonamos el patrón oro, le dio todo un paquete de Chesterfields. Nunca dos personas habían sido adoptadas de manera tan total; lo que en un comienzo fue agradable; Lucía nos seguía a dondequiera que fuéramos, otorgándonos en abundancia los beneficios de su sabiduría y protección. Pero con frecuencia se producían situaciones embarazosas; por una parte, permanentemente nos echaban de los almacenes más elegantes debido a su exagerado regatear con los dueños; además, era tan celosa que nos era imposible tener contacto con cualquier otra persona: por casualidad nos encontramos en la plaza con una inofensiva y respetable joven que había estado con nosotros en el coche en que vinimos desde Milán.

—¡Cuidado! —dijo Lucía en aquella voz ronca suya—. ¡Cuidado!

Y trató entonces de persuadirnos de que esta mujer tenía un pasado infame y un futuro impúdico. En otra ocasión, D. le dio a uno de sus secuaces un reloj barato que éste le había admirado mucho. Lucía se puso furiosa; la siguiente vez que la vimos, ella llevaba el reloj colgado de un cordel alrededor del cuello, y se decía que el joven había salido, de la noche a la mañana, para Trieste.

Lucía tenía la costumbre de aparecerse en nuestro hotel a la hora que se le antojaba (no vivía en ninguna parte que pudiéramos adivinar); a pesar de tener apenas quince años, se arrellanaba, se vaciaba una botella entera de Strega, se fumaba todos los cigarrillos a los que podía hacerse, y se quedaba dormida por el agotamiento; sólo

cuando dormía su rostro semejaba el de una niña. Pero más tarde, un desagradable día, el gerente del hotel la detuvo en el *lobby* y le dijo que en adelante no podría visitar nuestras habitaciones, Aquello era, dijo, un escándalo intolerable. Así que Lucía, rodeada de una docena de sus más brutales compañeros, sitió al hotel de tal manera que fue necesario bajar las cortinas de hierro de las puertas y llamar a los *carabinieri*. Después de aquello, hacíamos lo posible por evitarla.

Pero evitar a alguien en Venecia es casi lo mismo que jugar a los escondrijos en un apartamento de una sola habitación, pues jamás hubo ciudad de estructura más compacta. Es como un museo con toques carnavalescos, un enorme palacio que parece carecer de puertas, donde todo está conectado y lo uno conduce a lo otro. Una y otra vez en un mismo día se repiten las mismas caras, como las preposiciones en una oración larga; daba uno la vuelta a la esquina y allí estaba Lucía, con el reloj barato colgado entre los pechos. ¡Estaba tan enamorada de D.! Pero luego nos cayó con la intensidad de una fiera herida; tal vez nos lo merecíamos, pero se nos volvió insoportable: como nubes de mosquitos, su pandilla nos seguía a través de la plaza, escupiendo invectivas; si nos sentábamos a beber algo, se reunían en la oscuridad, más allá de la mesa y vociferando, echaban chistes ultrajantes. La mitad del tiempo no entendíamos lo que decían, aunque era evidente que los demás sí lo hacían. Lucía no participaba abiertamente en esta persecución; se mantenía retirada, dirigiendo sus operaciones a distancia. Decidimos entonces abandonar a Venecia. Lucía lo sabía. Sus espías estaban por doquier. La mañana de nuestra partida estaba lloviendo; cuando nuestra góndola empezaba a deslizarse por el agua, un muchachito de ojos alocados apareció y nos lanzó un bulto envuelto en papel periódico. D. rompió el papel. Adentro había un gato amarillo, muerto, y en torno a su garganta se hallaba, atado, el reloj barato. Le daba a uno la sensación de una caída sin fin. Y de repente la vimos a ella, a Lucía; estaba de pie, sola, en uno de los puentecitos del canal, y se hallaba tan inclinada sobre la baranda que parecía como si fuera a caerse.

—*Perdonami* —gritó—, *ma t'amo*.

En Londres un artista joven me dijo:

—Cuán maravilloso ha de ser para un estadounidense viajar por Europa por primera vez; jamás podrán llegar a ser parte de ella, luego su dolor no es de ustedes, jamás tendrán que sufrirlo: sí, para ustedes no existe más que la belleza.

Por no entender lo que quería decir, resentí aquello; pero más tarde, después de algunos meses en Francia y en Italia, vi que tenía razón; yo no era parte de Europa, jamás lo sería. A salvo, podía partir cuando quisiera, y para mí sólo existía el dulce y sagrado aire de la belleza, pero esta sensación no era tan maravillosa como el joven se la había imaginado; era terrible sentir que uno jamás podría ser parte de momentos tan conmovedores, que uno siempre estaría aislado de este paisaje y de estas gentes; y luego, poco a poco, comprendí que yo no tenía que formar parte de esto: más bien,

ella podría hacer parte de mí. El repentino jardín, la noche en la ópera, los niños bulliciosos que arrancan flores y salen corriendo por la calle que se oscurece, una corona para los muertos y unas monjas a la luz del mediodía, la música de la plaza, una pianola de París y los juegos pirotécnicos en *La Grande Nuit*, la estremecedora sorpresa de los paisajes de montaña y de agua (lagos como vino verde en el cáliz de los volcanes, el Mediterráneo que flamea a los pies de los acantilados), lejanas y abandonadas torres que caen en el crepúsculo y las velas que iluminan el cuerpo enjoyado de San Zenón de Verona —todo ello, parte de mí, elementos para construir mi propia perspectiva.

Cuando salíamos de Sirmione, D. regresó a Roma y yo volví a París. El mío fue un viaje curioso. Para comenzar, había separado, por intermedio de un atolondrado agente de viajes italiana, un coche cama en el Expreso de Oriente, pero al llegar a Milán descubrí que la reservación era totalmente espuria y que mi supuesto alojamiento no existía; más aún, de no haber yo pisado algunos callos, dudo que siquiera me hubiera podido subir al tren, pues había la congestión de un día de fiesta. Como pude, logré entrar a empujones, hasta un compartimiento sin aire, con el calor de agosto, en compañía de otras seis personas. El nombre del Expreso de Oriente evocaba en mí las más emocionantes e intrigantes expectativas: piénsese en cuántas cosas extraordinarias han ocurrido en aquel tren, por lo menos si se les da crédito a la señorita Agatha Christie o al señor Graham Greene. Pero no estaba preparado, en lo más mínimo, para lo que en realidad ocurrió.

En el compartimiento había un par de aburridos hombres de negocios suizos, otro hombre de negocios algo más exótico que venía desde Estambul, una maestra estadounidense y dos elegantes damas italianas de cabello níveo, ojos arrogantes y rasgos delicados, como espinas de pescado; tenían el cabello negro, suelto, y con cintas de encaje se lo recogían en el cuello por medio de amatistas tachonadas de perlas. Sentadas, cruzadas las enguantadas manos, jamás hablaban, salvo para intercambiar chocolates finos de una caja. Su único equipaje parecía consistir en una enorme jaula de pájaros; dentro de la jaula, aunque cubierta en parte por un pañolón de seda, podía verse, revoloteando, una añosa lora verde. De vez en cuando, la lora soltaba una explosión de risa loca; cuando esto ocurría, las dos damas cruzaban una sonrisa. La maestra estadounidense les preguntó si la lora sabía hablar, y una de las damas, dándole una muy pequeña señal de asentimiento, respondió que sí, pero que tenía una gramática muy pobre. A medida que nos aproximábamos a la frontera ítalo-suiza, comenzaron los empleados de la aduana y de revisión de pasaportes a realizar sus fatigantes e intrascendentes deberes. Creíamos que ya en nuestro compartimiento habían terminado, pero a poco regresaron; eran varios, y se quedaron parados frente a la puerta de vidrio, mirando hacia adentro, en dirección a las aristocráticas damas. Parecía que estaban enfrascados en una buena discusión. Todos los del

compartimiento callaron, fuera de la lora, que se rió con una risa preternatural. Las ancianas no prestaban la más mínima atención. Otros uniformados se unieron a los que ya estaban en el corredor. Entonces una de las damas, tirando de su broche de amatista, se volvió hacia nosotros y, primero en italiano, después en alemán y luego en inglés, dijo:

—No hemos hecho nada malo.

Pero en ese instante se descorrió la puerta y dos de los funcionarios entraron. No miraron a las ancianas sino que se dirigieron derecho a la jaula y le arrancaron el pañolón que la cubría.

—Basta, basta, —gritó la lora.

Con una sacudida, el tren se detuvo en la oscuridad de las montañas. Lo abrupto del frenazo tumbó la jaula, y la lora, libre de repente, salió volando alegre, de pared en pared por el compartimiento, mientras las damas, excitadas y volando ellas también, trataban de agarrarla. Los de la aduana siguieron desbaratando la jaula; en el platillo de los alimentos había unos cien sobres de heroína, envueltos como si fueran polvos para el dolor de cabeza, y en la bola de latón encima de la jaula había aún más. El descubrimiento no pareció irritar a las señoras en lo más mínimo; era la pérdida de la lora lo que las trastornaba. Una vez salió volando por la ventana abierta, ellas, desconsoladas, le gritaban:

—¡Tokio, te vas a congelar, Tokio, pequeñito, regresa! ¡Regresa!

Tokio se estaba riendo en algún lugar de la oscuridad. Había una fría luna nortea, y por un instante vimos a la lora volando, plana y oscura, contra su brillo. Se volvieron entonces y miraron en dirección a la puerta; estaba ahora llena de curiosos. Con porte sereno, desdeñoso, las damas dieron un paso adelante, para enfrentarse a rostros que ellas parecían no ver, y a voces que con certeza jamás oyeron.

ISCHIA

(1949)

SE ME OLVIDA por qué vinimos aquí, a Ischia. Mucho se hablaba de ella, aunque pocos parecían haberla visto en realidad —a no ser, quizás como una sombra dentada que alcanza a divisarse allende el agua, desde las alturas de su célebre vecina, Capri—. Algunos aconsejaban no ir a Ischia; según recuerdo, daban razones más bien inquietantes: ¿Se dan cuenta que hay allí un volcán en actividad? ¿Y, no saben lo del avión? Un avión, durante un vuelo regular entre El Cairo y Roma, se estrelló contra la cima de una montaña de Ischia; hubo tres sobrevivientes, pero nadie los vio vivos jamás, pues los apedrearon unos cabreros que andaban dedicados a saquear los restos de la catástrofe.

Como resultado, con una mezcla de sentimientos y expectativas, observamos la blancuzca fachada de Nápoles que se desvanecía. Era un día clásico, un tanto frío para el sur de Italia en marzo, pero fresco y elevado como una cometa, y el *Principessa* surcaba la bahía como un delfín insolente. Es un barco pequeño y sofisticado con un bar diminuto y una clientela algo extravagante: presidiarios en camino a la isla prisión de Prócida o, en el extremo opuesto, jóvenes a punto de entrar al monasterio de Ischia. Claro que hay pasajeros menos dramáticos: isleños que han ido de compras a Nápoles; aquí y allí un extranjero, —extraordinariamente pocos, sin embargo: el imán turístico es Capri.

Una isla es como un barco siempre anclado. Poner el pie sobre ella es como empezar a recorrer una pasarela: se apodera de nosotros el mismo sentimiento de suspensión encantada, parece que nada malo o vulgar puede suceder; y a medida que el *Principessa* entró con suavidad en la ensenada de Porto d'Ischia, ante los descascarados colores, como de helado de crema, de la zona portuaria, parecía tan íntima y gratificante como el palpitar del propio corazón. En la baraúnda del desembarco dejé caer el reloj, que se descompuso —incidente de un impresionante simbolismo, aunque demasiado obvio: de golpe era evidente que Ischia no era un lugar para la prisa de las horas; las islas jamás lo son.

Me imagino que se podría decir que Porto es la capital de Ischia; de todas formas, es la mayor de las poblaciones, y es hasta elegante. La mayor parte de los visitantes de la isla se alejan raras veces de allí, pues hay varios hoteles de calidad superior, excelentes playas y, posado en la lontananza como un águila gigante, el castillo renacentista de Vittoria Colonna. Las otras tres poblaciones de buen tamaño son más

escarpadas. Se trata de Lacco Ameno, Cassamicciola y, en el extremo más remoto de la isla, Forio. Era en Forio donde pensábamos instalarnos.

Condujimos hasta allá a través de un crepúsculo verde y bajo un cielo de estrellas madrugadoras. La carretera iba bien elevada sobre el mar, donde los botes de pesca, iluminados por antorchas, se arrastraban como brillantes arañas de agua. Pequeños murciélagos velludos pasaban rozando en el atardecer; *buena sera, buena sera*, llamaban apagadas voces vespertinas a lo largo del camino, y los rebaños de cabras, trepando por las colinas, balaban como flautas oxidadas; el coche dio la vuelta por la plaza de una aldea. No había electricidad y en los cafés la luz engañosa de las velas y de las lámparas de kerosene ahumaba los rostros de los contertulios masculinos. Dos niños nos persiguieron hasta la oscuridad, más allá de la aldea. Se colgaron acezantes del coche cuando comenzábamos el ascenso de una cuesta empinada que lo hacía sacudirse, y el caballo, al acercarse a la cima, resopló, echando sobre el aire frío un torrente de vaho. El conductor chasqueó el látigo, el caballo viró, los niños señalaron: miren. Allí estaba Forio, distante, con blanco de luna, el mar sosegándose a sus pies; un débil sonar de campanas vesperales se elevaba como un alboroto de pájaros. *¿Multo bella?* preguntó el conductor. *¿Multo bella?* dijeron los niños.

Cuando se relee un diario, son por lo general los apuntes menos ambiciosos, las anotaciones casuales, accidentales, las que, vistas de nuevo, abren un surco en la memoria. Por ejemplo: «Hoy Gioconda dejó en la pieza tiras de papel de varios colores. ¿Se tratará de un regalo? ¿Por haberle yo dado la botella de agua de colonia? Servirán de encantadores marcadores de libros». Esto reverbera. Primero, Gioconda. Es una hermosa muchacha, aunque su belleza depende del genio: cuando se siente deprimida, y esto ocurre con demasiada frecuencia, parece un plato de avena fría; uno se inclina a olvidar lo abundante de su cabello y la suavidad de sus ojos mediterráneos. Sabe Dios que trabaja en exceso: aquí en la *pensione*, donde sirve tanto de camarera como de mesera, se levanta antes del amanecer y trabaja sin descanso, a veces hasta la media noche. Para ser honestos, tiene suerte de contar con este oficio, pues el desempleo es el principal problema de la isla; a la mayoría de las jóvenes no habría nada que pudiera encantarles más que reemplazarla. Teniendo en cuenta que no hay agua corriente (con lo que esto implica), Gioconda nos hace sentir particularmente cómodos. Es la más agradable de las pensiones de Forio, a la vez que un buen negocio: tenemos dos cuartos gigantescos con una enorme extensión de piso de baldosa y altas puertas de persiana que conducen a pequeños balcones sobre el mar; la comida es buena, pero demasiado abundante —cinco platos y vino al almuerzo y a la cena—. Incluyendo todo, nos cuesta a cada uno alrededor de cien dólares al mes. Gioconda no habla inglés y mi italiano es... mejor no mencionarlo. Sin embargo, somos confidentes. Mediante la pantomima y un uso extravagante del diccionario bilingüe logramos comunicar bastante —razón por la cual las tortas

siempre fracasan: en los días tristes en que no hay nada más qué hacer nos sentamos en el patio cocina a experimentar recetas de pasteles americanos (¿qué es *Toll House*^[4]?) que jamás tienen éxito porque nos encontramos demasiado ocupados hojeando el diccionario como para prestarle mucha atención al horno.

Gioconda:

—El año pasado, en el cuarto donde usted está, había un hombre de Roma. ¿Sí es Roma, como lo decía él, tan maravillosa? Decía que yo debía ir a visitarlo allí, y que no sería mal visto, pues él era un veterano de tres guerras: la Primera Guerra Mundial, la Segunda y la de Etiopía. Puede usted darse cuenta de lo viejo que estaba. No, jamás he ido a Roma. Tengo amigos que han estado allí, y que me han enviado tarjetas postales. ¿Conoce usted a la mujer que trabaja en la *posta*? Usted cree en el mal de ojo, ¿no? Ella lo tiene. Todo el mundo lo sabe. Por eso jamás me llega la carta de la Argentina.

El hecho de no recibir esta carta de la Argentina es la auténtica causa de la desdicha de Gioconda. ¿Un amante infiel? No tengo ni idea; se niega a comentarlo. Muchos jóvenes italianos han emigrado a Sur América en busca de trabajo; hay esposas que han esperado cinco años a que los maridos les envíen el pasaje. Cada día, cuando vengo con el correo, Gioconda sale de prisa a recibirme.

Ir por el correo es un trabajo que yo mismo me asigné. Es la primera vez en el día que veo a los demás estadounidenses que viven aquí: hay cuatro en el presente y nos reunimos en el café de María en la Piazza (del diario: «Todos sabemos que María les echa agua a sus bebidas. ¿Pero las agúa con agua? ¡Dios, qué mal me siento!»). Con el sol calentándote y el tintineo que la brisa causa en las cortinas de bambú de María, no hay lugar mejor para esperar al cartero. María es una mujer diminuta con rostro de gitana y aspecto cínico de no me importa; si necesitas alguna cosa por estos lados, desde una casa hasta un paquete de cigarrillos americanos, ella te lo consigue; algunos sostienen que es la mujer más rica de Forio. Nunca hay mujeres en su café; dudo que lo permitiría. Cuando llega el mediodía a aldea se vuelca a la *piazza*: como mirlos, los escolares con sus capas y sandalias de madera afluyen y cantan en los callejones, y escuadrones de hombres sin empleo holgazanean bajo los árboles, riéndose con carcajadas groseras —las mujeres bajan los ojos al pasar cerca de ellos—. Cuando llega el cartero me da las cartas para nuestra *pensione*, entonces debo bajar la colina y afrontar a Gioconda. A veces me mira como si fuera culpa mía que la carta jamás llega, como si el mal de ojo fuese mío. Un día me avisó que no debía regresar a casa con las manos vacías; por eso le llevé un frasco de agua de colonia.

Pero las tiras de papel llamativo halladas en mi cuarto no eran, como supuse yo, un regalo para corresponderme. Se pretendía que las regáramos sobre una estatua de la Virgen, recién llegada a la isla, que estaba siendo paseada por casi todas las aldeas. El día en que la Virgen debía venir de visita todos los balcones se engalanaron con finos encajes, unos más finos aún o alguna vieja colcha, si la familia no tenía nada mejor; flores entrelazadas cubrían de guirnaldas las calles atiborradas, las ancianas

sacaron sus chales más largos, los hombres se peinaron el bigote, alguien le puso una camisa limpia al bobo del pueblo, y los niños, vestidos todos de blanco, llevaban, atadas a los hombros, alas de ángeles de cartón dorado. La procesión debía entrar al pueblo y pasar bajo nuestro balcón alrededor de las cuatro. Alertados por Gioconda, estábamos a tiempo en nuestra estación, listos para lanzar los lindos papelitos y gritar, como nos habían indicado, «¡Viva la Vergine Immacolata!» cuando comenzó una leve llovizna; a las seis comenzaba a oscurecer, pero, igual que la muchedumbre apretujada en la calle debajo de nosotros, nos quedamos inmóviles. Un sacerdote, el ceño fruncido por la impaciencia, las negras faldas batiéndose al aire, salió haciendo estruendo en una motocicleta —lo habían enviado a apresurar la procesión—. Era de noche ya y regaron un sendero luminoso de kerosene a lo largo del trayecto que la procesión debía recorrer. De repente, muy poco armónico, sonó el *rataplán* incitante de una banda militar; con un crepitar que asustaba, el sendero luminoso cobró vida, como para saludar a la Virgen que llegaba: meciéndose sobre andas tapizadas de flores, la cara cubierta con un velo negro, y seguida por media isla, iba cargada de relojes de plata y oro; al pasar, el silencio rodeaba su presencia inmediata; sólo se oía el encantador y surrealista ruido de estas ofrendas, los relojes: *tic-tac-tic-tac*. Más tarde, Gioconda se irritó mucho, al descubrirnos aún apretando los trozos de papel brillante que, en nuestro entusiasmo, habíamos olvidado lanzar.

Abril 5. Una caminata larga y peligrosa. Descubrimos una playa nueva. Ischia es una isla pedregosa, árida, que remite a Grecia o a la costa de África. Hay naranjos, limoneros y, en las terrazas de las montañas, enramadas de vides de un verde plateado: el vino de Ischia es muy apreciado, y es aquí donde hacen el *Lachrimae Christi*. Cuando uno sale del pueblo llega pronto a los senderos bifurcados que ascienden por los viñedos, donde las abejas semejan una ventisca y las lagartijas se asolean verdosas sobre los cogollos. Los campesinos son morenos y gruesos como la loza de barro y al igual que los marineros, tienen ojos de horizonte, porque el mar siempre está con ellos. El sendero junto al mar recorre verticales acantilados volcánicos; hay recodos donde lo mejor es cerrar los ojos: la caída sería larga y las rocas abajo semejan dinosaurios dormidos. Un día, caminando por los acantilados, encontramos una amapola, luego otra; crecían solitarias entre las sombrías rocas, a la manera de los farolillos, regados a lo largo de su tallo estirado. A poco, el sendero de amapolas nos llevó, camino abajo, hasta una playa extraña y escondida. Encerrada entre los acantilados, el agua era tan clara que se podían observar las flores marinas y los movimientos como de puñal de los peces; no lejos de la orilla, las rocas planas, expuestas, parecían balsas que nadaban, y pasamos chapoteando de una a otra; virando en dirección al sol, podíamos mirar hacia atrás, por encima de los acantilados, y contemplar las verdes terrazas de viñedos y una montaña nublada. En

la roca el mar había excavado una silla y causaba enorme placer sentarse allí, a dejar que las olas subieran rápidas y te cubrieran.

No es difícil hallar una playa privada en Ischia; conozco por lo menos tres que nadie visita. La playa del pueblo de Forio está cubierta de redes de pescar y botes boca abajo. En esta playa me encontré por primera vez con la familia Mussolini. La viuda del antiguo dictador y tres de sus hijos viven aquí, en lo que presumo debe ser un callado exilio impuesto por ellos mismos. Tienen algo de triste y conmovedor. La hija es joven, rubia, coja y, al parecer, graciosa: los muchachos del lugar que hablan con ella en la playa parecen estar siempre riéndose. Como si fuera una más de las mujeres ordinarias de la isla, a la *signora* Mussolini se la ve con frecuencia vestida de negro raído y marchando penosamente loma arriba, desequilibrada la figura por el peso de un talego de compras. Aunque es bastante inexpresiva, una vez la vi sonreír. Un hombre pasaba por el pueblo con una lora que sacaba la fortuna impresa de un frasco de vidrio, y la *signora* Mussolini, deteniéndose a consultarle, leyó su futuro, encogiendo los labios de manera sombría, Da Vinciana.

Junio 5. La tarde es una medianoche blanca. Ahora, cuando ha llegado el tiempo cálido, las tardes parecen una medianoche blanca; las persianas se cierran, el sueño se pasea majestuoso por las calles. A las cinco las tiendas volverán a abrir, una multitud se reunirá en el puerto para recibir al *Principezza* y luego todos pasearán por la *piazza*, donde alguien tocará un banjo, una dulzaina, una guitarra. Pero ahora es tiempo de siesta, y lo único que hay es el cielo intacto, el canto de un gallo. Hay dos idiotas en el pueblo, y son amigos. Uno de ellos siempre lleva un ramo de flores que, cuando se topa con su amigo, divide en partes iguales. En las silentes tardes sin sombras sólo ellos se ven en las calles; cogidos de la mano, y aferrados a sus flores, recorren la playa y salen por el muro de piedra que se extiende lejos en el agua. Desde mi balcón los puedo ver allí, sentados entre las redes de pescar y los botes que se mecen lentamente, con las cabezas afeitadas que brillan en el sol y los ojos pálidos como el espacio. La medianoche blanca es para ellos; es entonces cuando la isla les pertenece.

Hemos seguido el curso de la primavera. En los cuatro meses desde que llegamos aquí las noches se han calentado, el mar se ha suavizado, el agua verde de marzo, aún invernal, se ha tornado azul en junio, y los viñedos, antes grises y yermos sobre sus tallos retorcidos, están ahora henchidos con los primeros racimos. Hay un nacer de mariposas y sobre la montaña muchas cosas dulces para las abejas; en el jardín, después de la lluvia, alcanzas débilmente a ver, sí, a oír, el reventar de nuevos botones. Nos estamos despertando más temprano, una señal del verano, y nos quedamos afuera paseando hasta entrada la noche, lo que es también una señal. Pero es difícil decidirse a entrar a casa en estas noches: la luna se acerca más, centellea en el agua con formidable brillo; y sobre el parapeto de la iglesia de los pescadores, que

se orienta hacia el mar como la quilla de un barco, las gentes jóvenes conversan, caminan de un lado a otro, cruzan la *piazza* y buscan alguna secreta oscuridad. Gioconda dice que ha sido la primavera más larga que recuerda: la más larga es la más hermosa.

TÁNGER

(1950)

¿TÁNGER? Queda a dos días de Marsella en barco, un viaje encantador que te lleva a lo largo de la costa española, y si eres de los que huyen de la policía, o sólo de los que huyen, pues entonces, como puedas, ven acá: rodeada de colinas, frente al mar, y semejante a una capa blanca que tapiza las costas de África, es una ciudad internacional con un clima excelente ocho meses del año, más o menos de marzo a noviembre. Hay playas magníficas, tramos en verdad extraordinarios, con una arena suave como el azúcar y con su oleaje; y para quien se sienta atraído por esa clase de actividades, hay una vida nocturna, ni particularmente inocente ni especialmente variada, desde el crepúsculo basta el amanecer, lo cual, teniendo en cuenta que la mayoría duerme siesta toda la tarde, y que muy pocos cenan antes de las diez u once, no resulta extraño. Sin embargo, casi todo lo demás en Tánger sí lo es, y antes de venir aquí hay tres cosas que deben hacerse: vacunarse contra el tifo, retirar los ahorros del banco y decirles adiós a los amigos; sólo Dios sabe si los volverás a ver. Este consejo es bien serio, pues resulta impresionante saber cuántos viajeros desembarcaron aquí para unas breves vacaciones, pero echaron raíces, dejando que los años transcurrieran. Porque Tánger es un puerto que te retiene, un lugar sin tiempo; así, me imagino, pasa el tiempo en un monasterio, discreto y con sandalias en los pies; y —a este propósito—, ambas instituciones, el monasterio y Tánger, tienen otro denominador común: se bastan a sí mismos. El árabe normal, por ejemplo, cree que Europa y América son lo mismo y que quedan en el mismo lugar, cualquiera que éste sea —de todos modos, no le importa—; y con frecuencia los europeos, hipnotizados por el repicar de un laúd o por el drama que bulle en torno, acaban por ser de la misma opinión.

Se gasta mucho tiempo sentado en el Pequeño Zoco, un mercado atiborrado de cafés al pie de la Casbah. A primera vista, parece una versión en miniatura de la Galería de Nápoles, pero asume, al conocerlo más de cerca, un carácter tan individual y grotesco, que no es posible hacerle justicia comparándolo con ningún otro lugar del mundo. No hay hora del día o de la noche sin aglomeraciones en el Pequeño Zoco; Broadway, Piccadilly, todos estos lugares tienen sus momentos de descanso, pero el Pequeño Zoco retumba las veinticuatro horas. Caminas veinte pasos y te tragan las brumas de la Casbah; las visiones que surgen de entre estas brumas y se mezclan con el clamor de organillo del Zoco hacen un espectáculo lleno de vida: es el lugar de

exhibición para las prostitutas, un punto de encuentro de traficantes de drogas, un centro de espionaje; también es el lugar donde gentes más simples toman su aperitivo vespertino.

El Zoco posee sus luminarias propias, pero ser una de ellas resulta un honor precario, ya que es muy probable que en cualquier momento te descabecen y te desechen, pues el público del Zoco, que lo ha visto casi todo, es en extremo voluble. En la actualidad, sin embargo, Estelle, una hermosa muchacha que camina como un lazo que se desenrosca, es la estrella. Mitad china y mitad negra, Estelle trabaja en un burdel llamado el Gato Negro. Dicen las malas lenguas que alguna vez fue una modelo parisina que llegó aquí en un yate privado, con el plan, por supuesto, de partir por los mismos medios; pero parece que, una bella mañana, el caballero dueño del yate partió, dejando a Estelle varada. Por un tiempo era Maumi quien le hacía la competencia; el Zoco apreciaba los talentos de Maumi, no sólo como *bailaor* de flamenco, sino como conversador: siempre, dondequiera que se sentara, había ruidosas explosiones de risa. ¡Pero, ay, al pobre de Maumi, un joven exótico, dado a refrescarse el rostro con un abanico de encaje, lo apuñalaron en un bar la otra noche, y no está ya en la carrera! Menos afamados, aunque para mí más fascinantes, son *Lady Warbanks* y sus dos satélites, un curioso trío que todas las mañanas llega a desayunar en una de las mesas de la acera: su desayuno no varía nunca: un plato de pulpo frito y una botella de Pernod. Alguien, que tiene por qué saberlo, dice que en una época la ahora tan *déclassé* *Lady Warbanks* era considerada la máxima beldad de Londres; es probable que sea cierto, pues sus facciones son finas y, a pesar de los apretados vestidos de marinero en los que logra acomodarse, tiene una clase innata y muy peculiar. Pero su moral no es lo que debería ser, y lo mismo puede afirmarse de sus compañeros. Acerca de estos dos: el uno es un joven entrometido, de rostro insolente, cuya lengua es como un cucharón que remueve una caldera de escándalos —él lo sabe todo—; y la otra es una ruda muchacha española de cabello corto, resbaloso, y ojos color de cuero. Se llama Sunny y me dicen que, financiada por *Lady Warbanks*, está en proceso de convertirse en la única mujer de Marruecos con una banda de contrabandistas organizada: el contrabando es una profesión de gran poder aquí y emplea a centenares; y Sunny, según parece, tiene un barco con su tripulación que recorre de noche el Estrecho hasta España. La relación exacta entre estos tres no es como para ponerla en letras de molde; baste con decir que se da una combinación de todos los vicios conocidos. Pero esto no le importa al Zoco, al que le interesa un ángulo bien diferente: ¿cuánto falta para que asesinen a *Lady Warbanks*, y cuál de los dos lo hará, el joven o Sunny? Ella, la inglesa, es muy rica, y si, como resulta tan obvio, lo que mueve a sus compañeros es la avaricia, entonces evidentemente lo indicado es la violencia. Todos esperan. Entre tanto, *Lady Warbanks* se sienta inocente, masticando pulpo y bebiendo a sorbos su Pernod matutino.

El Zoco es también una especie de centro de la moda, un terreno de prueba para las últimas novedades. Una innovación que arrancó con aprobación popular entre los

más lanzados es la de los zapatos con cordones de cinta que se van envolviendo hasta la misma rodilla. No quedan bien, pero jamás son tan lamentables como la pasión por las gafas oscuras que se ha desarrollado entre las mujeres árabes, cuyos ojos, asomándose apenas por encima de sus velos, han sido siempre tan provocadores. Ahora cuanto alcanza uno a ver son estos enormes lentes negros, engastados como trozos de carbón en una bola de nieve hecha de tela.

En la tarde, a las siete, el Zoco llega a su punto culminante. Es la multitudinaria hora del aperitivo; unas veinte nacionalidades se encuentran codo a codo en la plaza diminuta, y el ronroneo de sus voces semeja el zumbido de mosquitos gigantes. Una vez, mientras estábamos sentados allí, cayó un silencio repentino: una orquesta árabe, tocando trompeta con estilo alegre, subía por la calle, pasando por los animados cafés —era la única música moruna alegre que había oído en mi vida, toda la demás semeja un triste y fragmentario plañir—. Pero la muerte, parece, no es un acontecimiento infeliz entre los árabes, pues esta orquesta resultó ser la vanguardia de una procesión funeraria que subía en aquel momento, serpenteando dichosa entre la multitud. A poco, el cadáver de un hombre semidesnudo, cargado sobre una litera abierta, pasó bamboleándose, y una mujer llena de anillos de fantasía, inclinándose desde su mesa, lo saludó, sentimental, con un vaso de Tío Pepe: un momento más tarde estaba riéndose con su risa de dientes de oro, urdiendo tramas, haciendo planes. Y lo mismo hacía el Pequeño Zoco.

—Si usted piensa escribir algo sobre Tánger —dijo una persona a quien acudí en busca de cierta información— por favor excluya a la chusma; tenemos mucha gente amable aquí, y es duro para nosotros que la ciudad tenga tan mala reputación.

Pues bien, y aunque no estoy del todo seguro de que nuestras definiciones coincidan, hay por lo menos tres personas que considero eminentemente amables: Jonny Winner, por ejemplo. Una dulce y divertida muchacha, la Jonny. Es muy joven, muy americana, y jamás creería uno, viendo su rostro nublado y nostálgico, que pudiera valerse por sí misma: para decir verdad, no creo que lo haga. Sin embargo, ha vivido aquí dos años, ha llegado a Marruecos e ido hasta el Sahara sola. Por qué Jonny Winner quiere pasar el resto de su vida en Tánger es, por supuesto, asunto suyo; es obvio que está enamorada.

—¿Pero no te enamora eso mismo, despertarte y saber que estás aquí, y saber que siempre puedes ser tú mismo, no ser jamás nadie que no seas tú? ¿Y tener siempre flores y mirar por la ventana y ver oscurecerse las colinas y ver las luces del puerto? ¿No te enamora esto a ti también?

Por otra parte, ella y la ciudad siempre están en guerra; cuantas veces la encuentras está pasando por una nueva crisis:

—¿Oíste? Lo más espantoso: algún tonto en la Casbah pintó su casa de amarillo, y ahora todos lo están haciendo; ya mismo me voy, a ver si logro ponerle coto a todo

este asunto.

La Casbah, tradicionalmente azul y blanca, como la nieve en el crepúsculo, sería atroz pintada de amarillo, y espero que Jonny logre salirse con la suya —aunque ciertamente no ha tenido éxito en la campaña por evitar que despejen el Gran Zoco, un desconsolador asunto que la tiene reducida a vagar por las calles, llorando—. El Gran Zoco es la enorme plaza de mercado árabe: los bereberes, venidos de las montañas con sus pieles de cabras y canastos, se sientan en cuclillas bajo los árboles, formando círculos, para oír a los narradores de cuentos, a los flautistas, a los magos; puestos de cornucopia rebosan de flores y frutas; el vapor del *hashish* y el aroma a menta del *thé* árabe se pegan del aire; especias fuertes se tuestan al sol. Todo esto va a ser trasteado a otra parte, se supone que para dar lugar a un parque, y Jonny se retuerce las manos:

—¿Cómo no he de estar triste? Siento como si Tánger fuera mi casa. ¿Acaso te gustaría que alguien llegara a tu casa y comenzara a cambiarte los muebles de lugar?

Así que salió a salvar al Zoco en cuatro idiomas: francés, español, inglés y árabe; aunque los habla todos extraordinariamente bien, lo más cerca que ha estado de despertar la simpatía oficial es el portero del consulado holandés, y su único auténtico soporte emocional ha sido un taxista árabe que cree que ella no está loca en lo más mínimo y la lleva gratis a todas partes. Muy entrada la tarde, hace algunos días, vimos a Jonny arrastrarse con dificultad por su amado Gran Zoco en proceso de disolución; parecía agotada del todo y cargaba un gatito escuálido y roñoso. Jonny tiene un modo de ir derecho al grano, y dijo:

—Sentía que no podía seguir viviendo, y entonces encontré a Monroe. Te lo presento —acarició al gatito—; él me ha hecho sentir vergüenza: tiene tanto interés en vivir; y si él puede hacerlo, ¿por qué no iba a poder yo?

Mirándolos, a Jonny y al gatito, tan enlodados y aporreados ambos, uno sabía que, de algún modo, algo los haría salir adelante: si no el sentido común, al menos el interés, por la vida.

Ferida Green tiene mucho sentido común. Cuando Jonny le habló sobre la situación del Gran Zoco, la señorita Green dijo:

—Querida, no tienes por qué preocuparte. Siempre andan tumbando el Zoco, pero nunca ocurre de verdad; recuerdo que en 1906 querían convertirlo en un centro ballenero: ¡imagínate el olor!

La señorita Ferida es una de las tres grandes damas Green, damas de Tánger, que incluyen a su prima, la señorita Jessie, y a su cuñada, la señora Ada Green; entre ellas logran casi siempre tener la última palabra aquí. Las tres pasaron ya de los setenta: la señora Ada Green es famosa por su *chic*, la señorita Jessie por su humor, y la señorita Ferida, la mayor, por su sabiduría. No ha visitado su Inglaterra natal por más de cincuenta años; así y todo, al observar la pava de paja fijada al cabello y la cinta negra que cuelga de sus quevedos, sabe uno que sale a la calle bajo el sol de mediodía y que jamás ha renunciado al té de las cinco. Todos los viernes de su vida hay un

ritual conocido como la Mañana de Harina. Sentada a una mesa en la entrada del jardín, y juzgando cada caso a medida que se lo presentan, raciona harina a las aspirantes árabes, por lo general ancianas que de otro modo morirían de hambre: con la harina hacen una pasta que debe durarles hasta el viernes siguiente. Ellas charlan y se ríen animadas, pues las árabes adoran a la señorita Ferida, y para ella todas estas ancianas (anónimos bultos de ropa para nosotros) son amigas acerca de cuyas personalidades escribe comentarios en un gran libro de contabilidad. «Fathma tiene mal genio pero no es mala», escribe de una, y de otra: «Halima es una buena chica. Se la puede tomar por lo que aparenta ser».

Y eso, supongo, es lo que habría que decir de la señorita Ferida.

Quien permanezca en Tánger más de una noche oirá hablar de Nysa: de cómo, a la edad de doce años, la sacó de la calle un australiano que, con la auténtica actitud de un Pigmalión, a partir de la desarrapada niña árabe formó una persona culta y en extremo elegante. Nysa es, hasta donde yo sé, el único ejemplo que hay en Tánger de una mujer árabe europeizada, algo que, curiosamente, nadie le perdona, ni los europeos, ni los árabes, todos declaradamente adversos a ella; además, como vive en la Casbah, tienen ocasión permanente de dar salida a su maldad: las mujeres envían a sus hijos a garrapatear obscenidades en su puerta, los hombres no dudan en escupirle en la calle —pues ha cometido, a sus ojos, el más grave de los pecados: se ha vuelto cristiana—. Situaciones como éstas deberían producir un terrible resentimiento, mas Nysa, al menos en apariencia, no parece tener conciencia de que haya algo que resentir. Es una encantadora y tranquila joven de veintitrés años; hay suficiente deleite con sólo quedarse quieto, sentado, admirando su belleza, sus ojos almendrados y las manos como flores. No ve a mucha gente; como la princesa de un cuento de hadas, permanece tras los muros y a la sombra de su patio, leyendo, jugueteando con sus gatos y con una cacatúa grande, blanca, que imita todo lo que hace: a veces la cacatúa se esponja y la besa en los labios. El australiano vive con ella; desde que la encontró siendo aún niña, ella no se ha separado de él ni un instante; si algo llegara a sucederle, Nysa no tendría camino alguno que tomar; jamás podría volver a ser árabe, y no es probable que pudiera pasarse del todo a un mundo europeo. Pero el australiano es un viejo ya. Un día toqué el timbre donde Nysa; nadie salió a contestar. Hay un enrejado encima de la puerta; asomándome, la vi, a través del velo formado por una enredadera y unas hojas, de pie en las sombras de su patio. Cuando volví a timbrar, siguió sombría e inmóvil, como una estatua. Más tarde oí que durante la noche el australiano había sufrido un infarto.

A fines de Junio, y con el comienzo de una nueva luna comienza *ramadán*. Para los árabes, *ramadán* es un mes de abstinencia. Cuando empieza a oscurecer, extienden en el aire una cuerda de colores, y cuando ésta se vuelve invisible, el sonar de cuernos de caracoles los remite a la comida y la bebida que durante el día no pueden tocar. En

noches oscuras, de estas celebraciones emana un espíritu festivo que dura hasta el amanecer. Los oboes, desde torres distantes, dan una serenata antes de la oración; tambores, ocultos pero escuchados, con un tam-tam producido detrás de puertas cerradas; y entonando un Corán de cadencia monótona, unas voces de hombre se propagan desde las mezquitas hasta las estrechas calles iluminadas por la luna. Aún en las alturas de la montaña que domina a Tánger se alcanza a oír el lamento del oboe en la lejana oscuridad, un hilo solemne de melodía que se va desenrollando a través del África, hasta la Mecca, desde donde regresa.

Sidi Kacem es una playa ilímite, semejante al Sahara, bordeada de olivares; al final de *ramadán*, árabes de todo Marruecos llegan a Sidi Kacem en camiones, a horcajadas sobre burros, a pie: por tres días aparece allí una ciudad, una frágil ciudad de ensueños, de luces de colores y cafés bajo árboles iluminados por faroles. Llegamos en carro hasta allá alrededor de la medianoche; a primera vista la ciudad parecía un bizcocho de cumpleaños, llameante en medio de un cuarto oscuro, y te llenaba del mismo emocionante temor reverencial: sabías que no ibas a poder apagar todas las velas. De inmediato nos vimos separados de aquéllos con quienes habíamos venido, pues, entre oleadas y vaivenes, nos resultaba imposible permanecer juntos, y después del susto de los primeros minutos no volvimos a preocuparnos por buscarlos; la noche nos agarró en su mano y no había más remedio que convertirse en uno más de los rostros enmascarados, en éxtasis, que brillaban a la luz de las antorchas. Orquestas pequeñas tocaban por todas partes, unas voces, dulces y sensuales como el humo del *kif*, cantaban acompañando a sus tambores, y en alguna parte, tropezando entre los árboles plateados y flotantes, quedamos atrapados en medio de una multitud de bailarines: una ronda de viejos barbados marcaba el ritmo y los bailarines, tan concentrados que podríamos haberles clavado un alfiler, formaban pequeñas olas al moverse, como si el viento los empujara. Según el calendario árabe, estamos en el año de 1370; al ver una sombra que se transparenta por la seda de una tienda de campaña, al observar a una familia friendo bollos de miel sobre una hoguera de chamizos plana, al movernos entre los bailarines y oír el gorjeo de una flauta solitaria en la playa, era fácil creer que uno estaba viviendo en 1370 y que el tiempo jamás avanzaría.

A veces debíamos descansar; había esteras de paja bajo los olivos, y si uno se sentaba en alguna de ellas un hombre le traía un vaso de agua de yerba buena caliente. Estábamos bebiendo cuando vimos una extraña fila de hombres que pasaba. Vestían hermosas túnicas y el que iba al frente, viejo como un trozo de marfil, llevaba un tazón de agua de rosas que, al son de las gaitas, rociaba a lado y lado. Nos pusimos de pie para seguirlos, y nos condujeron del huerto a la playa. La arena estaba fría como la luna; gibosas dunas de arena, a la deriva, iban camino del agua, y destellos de luz estallaban en la oscuridad, como estrellas caídas. Por fin el sacerdote

y sus seguidores entraron a un templo al que nos estaba prohibido penetrar, por lo que seguimos deambulando por la playa. J. dijo:

—Miren, una estrella fugaz.

Y entonces nos pusimos a contar las estrellas fugaces, tantas había. El viento suspiraba sobre la arena como el sonido de los mares; la silueta de figuras asesinas se marcaba contra una luna naranja de rodillas, y la playa estaba tan fría como un campo cubierto de nieve, pero J. dijo:

—¡Ay, ya no soy capaz ni de mantener los ojos abiertos!

Nos despertamos en medio de una luz azul, casi del amanecer. Estábamos en lo alto de una duna y allí, debajo de nosotros, extendidos a lo largo de la playa, se hallaban todos los celebrantes, con sus brillantes ropas aleteando en la brisa matutina. En el mismo instante en el que el sol tocó el horizonte surgió un enorme rugido, y dos jinetes, montando a pelo, chapotearon por entre las olas, precipitándose luego playa abajo. Como un telón que se alza, el sol naciente se arrastró por la arena en nuestra dirección, y temblamos al verlo venir, sabiendo que, cuando llegara hasta nosotros, habríamos regresado a nuestro siglo.

UN VIAJE POR ESPAÑA

(1950)

EL TREN era viejo, sin duda. Los asientos colgaban como los carrillos de un *bulldog*, faltaban algunas ventanas y trozos de cinta adhesiva mantenían en su lugar aquéllas que aún quedaban; en el corredor un gato al acecho parecía estar cazando ratones y no era irracional pensar que su búsqueda hallaría una recompensa.

Lentamente, como si peones ancianos tiraran de la locomotora, salimos arrastrándonos de Granada. El cielo del sur era tan blanco y quemante como un desierto; había una sola nube, y ésta andaba a la deriva, como un oasis viajero.

Íbamos para Algeciras, un puerto español frente a la costa de África. En nuestro compartimiento había un australiano de edad media con un sucio vestido de lino; tenía dientes manchados por el tabaco y uñas antihigiénicas. A poco nos informó que era el médico de un barco. Resultaba extraño encontrar, allí en las secas y austeras planicies de España, a alguien que tuviera conexión con el mar. Sentadas junto a él había dos mujeres, una madre y su hija. La madre era una mujer rellena, gris, con ojos aperezados, censuradores, y un ligero bigote. El objeto de su censura fluctuaba; primero me dio una mirada dura, pues a medida que la luz del sol se fue avivando soplaron por las rotas ventanas oleadas de calor y yo me quité la chaqueta —lo que ella consideró, tal vez con razón, descortés. Más tarde, el objeto de su rechazo fue un joven soldado, uno de los ocupantes de nuestro compartimiento. El soldado, y la no muy discreta hija de la mujer, una muchacha rolliza con las facciones agresivas de un boxeador profesional, parecían haber llegado a un acuerdo para coquetear. Cuando el gato nómada se asomaba a nuestra puerta, la hija se hacía la asustada, y el galante soldado lo espantaba, echándolo al corredor: este juego escénico les daba frecuentes ocasiones de tocarse.

El joven soldado era uno de los muchos que había en el tren. Con sus gorras de borlas puestas en ángulos elegantes, se mantenían en los corredores fumando cigarrillos de un tabaco negro dulce y riéndose en un ambiente de confianza. Parecían divertirse, lo que debía ser mal visto entre ellos, pues siempre que algún oficial se hacía presente los soldados dirigían miradas fijas por las ventanas, como cautivados por los derrumbes de roca roja, los olivares y las montañas de pura piedra. Los oficiales vestían traje de parada, con abundantes cintas y mucho ornamento de cobre; algunos de ellos portaban increíbles espadas relucientes, sujetadas al costado. En lugar de mezclarse con los soldados, se hacían juntos, en un compartimiento de

primera clase, como aburridos, semejando más bien a un grupo de actores sin empleo. Fue una bendición, pienso yo, que por fin ocurriera algo que les dio la ocasión de blandir sus espadas.

El compartimiento de enseguida había sido ocupado por una familia: un hombre delicado, alicaído, excepcionalmente elegante, con una banda de luto cosida en torno a una manga, y, viajando con él, seis delgadas y veraniegas muchachas, presumiblemente sus hijas. Eran hermosos el padre y sus hijas —todos ellos— con un mismo tipo de belleza: cabello de un brillo oscuro, labios color de pimentón, ojos como el jerez. Los soldados lanzaban una mirada al compartimiento y en seguida apartaban la vista. Era como si hubiesen mirado al sol de frente.

Cada vez que se detenía el tren, las dos hijas menores del hombre descendían del vagón y se paseaban bajo la sombra de sus parasoles. Disfrutaron de muchos paseos prolongados, pues el tren se la pasaba parado la mayor parte de nuestro viaje. Esto como que no exasperaba a nadie, salvo a mí. Varios de los pasajeros parecían tener amigos en todas las estaciones, con quienes se podían sentar junto a una fuente, a chismosear largo y tendido. A una anciana salieron a recibirla pequeños grupos diferentes en más de una docena de pueblos —entre encuentro y encuentro lloraba con una intensidad tal que el médico australiano se asustó: pues no, dijo ella, no había nada que él pudiera hacer, sólo que ver a todos sus parientes la hacía tan feliz.

En cada una de las paradas ciclones de mujeres descalzas y niños medio desnudos corrían junto al tren con cántaros de agua que salpicaban, mientras gritaban con voz gruesa: «¡Agua! ¡Agua!». Por dos pesetas se podía comprar una canastada de higos oscuros y jugosos, y había unas bandejas llenas de curiosas tortitas acarameladas de cubierta blanca, que parecían destinadas a unas niñas vestidas para la Primera Comunión. Hacia el mediodía, después de conseguir una botella de vino, una hogaza de pan, una salchicha y un queso, estábamos listos para almorzar. Nuestros compañeros de compartimiento también tenían hambre. Sacamos los paquetes, descorchamos el vino, y por un rato el ambiente fue festivo, agradable y gracioso. El soldado compartió una granada con la muchacha, el australiano contó una historia entretenida, la madre de ojos de bruja extrajo de entre sus senos un pescado envuelto en papel y se lo comió con delectación displicente.

Después a todo el mundo le dio sueño; el médico se durmió tan profundamente que, sin impedimentos, una mosca hacía meandros por su boquiabierto rostro. La quietud anestesió al tren entero; en el compartimiento siguiente, las bellas muchachas descansaban, reclinadas con soltura, como seis geranios marchitos; incluso el gato había dejado de acechar y yacía soñando en el corredor. Habíamos ascendido más, el tren pasaba ahora lentamente por una meseta de trigo áspero y amarillo, luego entre paredes de granito de profundas gargantas donde el viento, bajando de las montañas, temblaba entre extraños árboles espinosos. Una vez, en un claro entre los árboles, apareció algo que yo había querido ver: un castillo sobre una colina, donde reposaba cual corona.

Era un paisaje para bandidos. Antes, en aquel verano, un joven inglés que yo conocía (mejor, que conocía por referencias) había estado conduciendo por esta parte de España, cuando, en la solitaria ladera de una montaña, su carro se vio rodeado por un grupo de morenos forajidos. Lo robaron, luego lo ataron a un árbol y le hicieron cosquillas en la garganta con la hoja de un cuchillo. Estaba yo pensando en esto cuando, sin previo anuncio, el reguero de balas de un arma de fuego castigó el soñoliento silencio.

Se trataba de una ametralladora. Las balas llovían por los árboles como el traqueteo de unas castañuelas, y el tren, con un crujido herido, desaceleró hasta parar. Por un instante no hubo ruido, fuera del escupir de la ametralladora. Entonces dije:

—¡Bandidos!—, en voz alta, asustada.

—¡Bandidos! —gritó la hija.

—¡Bandidos! —le hizo eco la madre, y la terrible palabra recorrió el tren como un mensaje golpeado sobre un tom-tom. El resultado fue que hicimos el ridículo de la manera más triste. Caímos al piso, un montón de brazos y piernas encogidas. Sólo la madre pareció conservar la cabeza fría; poniéndose de pie, comenzó sistemáticamente a buscarles escondrijo a sus tesoros. Introdujo el anillo en la moña y, sin ningún recato, alzó la falda y dejó caer una peineta engastada de perlas dentro de sus calzones bombachos. Como el chillar de los pájaros al anochecer, ligeros gorjeos de angustia procedían de las encantadoras muchachas del compartimiento del lado. En el corredor, los oficiales revoloteaban, farfullando órdenes y tropezándose los unos con los otros.

De repente, el silencio. Afuera, el murmullo del viento en las hojas, y el de las voces. Cuando el peso del cuerpo del doctor se estaba volviendo demasiado para mí, la puerta exterior de nuestro compartimiento se abrió de un golpe y un joven se paró allí. No parecía tener la suficiente viveza para ser un bandido.

—¿Hay un médico en el tren? —preguntó, sonriendo.

El australiano, quitando de mi estómago la presión de su codo, se enderezó:

—Soy médico —admitió, desempolvándose—. ¿Han herido a alguien?

—Sí, señor. Es un viejo. Se aporreó la cabeza —dijo el español, que no era un bandido; ¡ay de mí!, era sólo un pasajero más. Acomodándonos de nuevo en nuestros puestos, escuchamos, mudos de vergüenza, lo ocurrido. Parece que en las últimas horas un viejo se había estado ganando un viaje gratis, colgado de la parte de atrás del tren. Acababa de perder su asidero y un soldado, viéndolo caer, comenzó a disparar su ametralladora, como señal para que el maquinista detuviese la marcha.

Consistía mi única esperanza en que nadie recordara quién había sido el primero en mencionar a los bandidos. No parecían hacerlo. Después de conseguir una camisa limpia mía, que pretendía usar de vendaje, el médico salió para donde su paciente, y la madre, dando la espalda con áspero recato, recobró la peineta de perlas. Su hija y el soldado nos siguieron mientras nos bajamos del vagón y paseamos bajo los árboles, donde muchos pasajeros se habían reunido para discutir el incidente.

Aparecieron dos soldados llevando al viejo. Tenía mi camisa envuelta en torno a la cabeza. Lo acomodaron bajo un árbol y todas las mujeres se arremolinaron, peleándose por prestarle sus camándulas; alguien trajo una botella de vino, lo que le agradó más aún. Parecía bastante contento, y se quejaba mucho. Los niños que había en el tren lo rodeaban, riéndose.

Nos encontrábamos en un bosquecito que olía a naranja, con un camino que conducía a un promontorio sombreado; desde allí se divisaba un valle de arrolladoras extensiones de hierba dorada y tostada que se sacudía como si la tierra estuviera temblando. Admirando el valle y los sombreados cambios de luz en las colinas del fondo, las seis hermanas, escoltadas por su elegante padre, se habían sentado bajo sus parasoles abiertos, como huéspedes de una *fête champêtre*. Los soldados daban vueltas cerca de ellas, pavoneándose y sin rumbo; no tenían el atrevimiento de acercarse, aunque un tipo temerario e insolente fue hasta el borde del promontorio y gritó: «Yo te quiero mucho». Las palabras regresaron con la hueca submusicalidad de un eco perfecto, y las hermanas, sonrojándose, miraron hacia el valle con mayor fijeza.

Una nube, tan sombría como las colinas rocosas, se había acumulado en el cielo, y la hierba debajo se mecía como el mar antes de la tormenta. Alguien dijo que creía que iba a llover. Pero nadie deseaba marcharse: ni el herido, que estaba bien entrado en su segunda botella de vino, ni los niños, que, habiendo descubierto el eco, estaban allí de pie, cantando alegremente en dirección al valle. Era como una fiesta, y todos fuimos regresando al tren como si cada uno quisiera ser el último en partir. El viejo, con mi camisa como un gran turbante sobre la cabeza, fue llevado a un vagón de primera clase y varias damas entusiastas se quedaron a atenderlo.

En nuestro compartimiento, la lúgubre y gris madre seguía sentada, tal como la habíamos dejado. No se había dignado a unirse a la fiesta. Me dio una mirada larga, que echaba chispas.

—Bandidos —dijo con un vigor hosco, innecesario.

El tren se desplazaba tan despacio que las mariposas entraban y salían por las ventanas.

FONTANA VECCHIA

(1951)

FONTANA Vecchia, vieja fuente, así se llama la casa. *Pace*, la palabra ha sido tallada sobre el escalón de piedra de la entrada. No hay fuente; creo que sí ha existido algo parecido a la paz. Es una casa rosada que domina un valle de almendros y olivos que se hunde en el mar. En días claros alcanza a divisarse la punta de Italia, la península de Calabria allende el agua. Detrás de nosotros, un sendero pedregoso, ondulado, recorrido más que todo por campesinos, sus burros y cabras, conduce por la ladera de la montaña hasta la población de Taormina. Es como vivir en un avión o en un barco que tiembla sobre la cresta de una marejada: hay una sensación sublime cada vez que se mira desde las ventanas, se sale a la terraza; una sensación de estar suspendido, entre las montañas, sobre el mar, como las blancas palomas que van haciendo círculos. Esta grandiosidad reduce, a un tamaño íntimo, los detalles del paisaje —los cipreses son tan pequeños como plumas de escribir; cada barco que pasa podría caber en la palma de tu mano.

Antes del amanecer, cuando las estrellas lánguidas, gordas como lechuzas, flotan junto a la ventana de la alcoba comienza un alboroto por el empinado y a veces peligroso camino que desciende desde las montañas. Son las familias campesinas camino del mercado en Taormina. Las piedras sueltas contra las que tropiezan los burros sobrecargados se desparraman bajo sus cascos; hay oleadas de risa, se mecen los faroles: parece que estuvieran haciéndoles señales a los pescadores nocturnos que allá, muy abajo, recogen sus redes en aquel momento. Más tarde, en el mercado, los campesinos y los pescadores se encuentran: gentes pequeñas, no muy diferentes a los japoneses, pero más musculosos; hay en realidad algo casi lujuriente en su enjuta dureza de nogal. Si uno duda de la frescura de un pescado o de la madurez de un higo, muestran sus dotes teatrales. Si, *buono*; le empujan a uno la cabeza hacia abajo para que huela el pescado; le dicen, con un movimiento de los ojos, extático y amenazador, cuán delicioso está. Siempre me intimidan; pero a los lugareños no les ocurre lo mismo, y pueden fisgonear imperturbables entre los diminutos tomates de aliño, jamás privándose de oler un pescado o aporrear un melón. Ir de compras y arreglar las comidas es, lo sé, un problema universal; pero después de unos meses en Sicilia aun la más avezada ama de casa podría pensar en la horca; sin embargo no; exagero: la fruta, al menos al principio de la cosecha, es más que excelente; el pescado siempre es bueno, lo mismo que la pasta. Me dicen que es posible encontrar

carne comestible; nunca he tenido la suerte. Además, no hay mayor oferta de legumbres; en el invierno escasean los huevos. Pero claro que el auténtico problema está en que no sabemos cocinar; temo que nuestra cocinera tampoco. Es una muchacha animada, muy encantadora, un tanto supersticiosa: nuestra cuenta de gas, por ejemplo, es a veces astronómica, pues le encanta derretir enormes ollas de plomo sobre la estufa, para retorcer luego el plomo y tallar imágenes con él. Mientras se trate de platos sicilianos sencillos, de verdad sencillos y de verdad sicilianos, bueno, se puede comer.

Pero permítaseme contar lo del pollo. No hace mucho que Cecil Beaton, de vacaciones en Sicilia, vino a quedarse con nosotros. Después de algunos días empezaba a verse algo demacrado: comprendimos que era preciso esforzarnos por alimentarlo mejor. Encargamos un pollo; apareció, bien vivo, acompañado por una desconfiada campesina que vive un poco más arriba en la montaña. Era una enorme ave negra; le dije que debía estar muy vieja. No, dijo la mujer, de ningún modo, sólo es grande. Le torcieron el pescuezo y G., la cocinera, lo puso a hervir. Alrededor de las doce vino a decir que el pollo estaba aún *troppo duro* —en otras palabras, duro como una piedra—. Le aconsejamos que siguiera bregando, e instalándonos en la terraza con sendos vasos de vino, nos alistamos a esperar. Algunas horas, algunos litros de vino más tarde, subí a la cocina para encontrar a G. en estado crítico: después de hervir el pollo, lo había asado, en seguida lo había freído, y ahora, desesperada, le daba un nuevo hervor. Aunque no había otra cosa que comer, jamás debió llegar a la mesa, pues cuando lo pusieron delante de nosotros debimos apartar los ojos: a este montón humeante lo coronaba la cabeza cortada de la pobre ave; sus ojos secos nos miraban fijamente, la cresta ennegrecida seguía allí. Aquella tarde, Cecil, que antes se había alojado donde otros amigos en la isla, nos informó, muy de repente, que tenía que regresar.

Cuando alquilamos por primera vez a Fontana Vecchia —lo que tuvo lugar en la primavera, en abril— el valle estaba cubierto de trigo, verde como las lagartijas que corrían por entre sus tallos. Comienza en enero esta primavera siciliana y se va acumulando, hasta formar un ramo real, el jardín de un mago, donde todo ha florecido: en el riachuelo brota la hierbabuena; troncos de árboles muertos se cubren de coronas de rosas silvestres trepadoras; aun el brutal cactus echa tiernos pimpollos. Abril, escribe Eliot, es el más cruel de los meses; pero no aquí. Es resplandeciente como las nieves en la cima del Etna. Los niños trepan por la ladera de la montaña, llenando bolsas de pétalos, como preparación para la fiesta de algún santo, y los pescadores, pasando con sus canastas de *pesce* color perla, se ponen geranios detrás de las orejas. Mayo, y la primavera ha llegado al ocaso: el sol se agranda; uno recuerda que África sólo está a ochenta millas; como una sombra de bronce, el color del otoño cae sobre la tierra. Al llegar junio, el trigo estaba listo para ser cosechado. Oímos con cierta melancolía el mecer de las guadañas en el campo dorado. Cuando concluyó el trabajo, nuestro casero, a quien pertenecía la cosecha, dio una fiesta para

los recolectores. Sólo había dos mujeres —una joven, sentada alimentando un bebé, y una anciana, la abuela de la muchacha—. A la anciana le encantaba bailar; descalza, daba vueltas con todos los hombres —ninguno le podía hacer tomar un descanso y, en medio de una pieza, se levantaba de un brinco para buscar pareja—. Los hombres, que se turnaban para tocar al acordeón, bailaban todos juntos —una costumbre rural en Sicilia—. Era la mejor clase de fiesta: demasiado baile y más vino todavía. Más tarde, cuando, agotado, me fui a dormir, pensé en la anciana. Después de trabajar todo el día en el campo y bailar toda la noche, debía ahora emprender una marcha de cinco millas, loma arriba, hasta su casa en las montañas.

Se puede ir caminando hasta la playa, o las playas; son varias, todas pedregosas, y sólo una de ellas, Mazzaro, especialmente concurrida. La más atractiva, Isola Bella, una ensenada escondida, con agua clara como lluvia recogida en un barril, queda a milla y media, en línea recta hacia abajo; volver a subir es el problema. Algunas veces hemos caminado hasta Taormina para tomar allí un bus o un taxi. Pero más que todo vamos a pie. Se puede nadar desde marzo hasta la Navidad (así dicen las almas más vigorosas), pero confieso que no me animaba mucho a hacerlo hasta que compramos la careta. La careta tenía una lámina de vidrio redondo para ver, y un tubo para respirar que se cierra al sumergirse. Nadar en silencio entre las rocas es como descubrir de repente una nueva dimensión visual: en la penumbra subacuática un pez fosforescente rojo se asoma amenazador, a una cercanía alarmante; la sombra propia se va desplazando sobre un campo de hierba color de armiño; burbujas azules, plateadas, surgen de una criatura de piernas largas que yace dormida en un campo de flores marinas flotantes, y es como si un viento de música se moviera entre ellas, las flores marinas, los zarcillos de Java de gelatina morada. Al llegar a la orilla, cuán estático, cuán vasto parece el mundo superior.

Si no es el de ir a la playa, entonces no hay más que otro motivo para salir de casa: ir de compras a Taormina, y tomarnos un aperitivo en la *piazza*. Taormina, en realidad una extensión de Naxos, la ciudad griega más antigua de Sicilia, ha tenido una existencia permanente desde el 396 a. C. Goethe estuvo explorando aquí en 1787; lo describe así: «Sentado ahora en el lugar donde antiguamente se sentaban los espectadores más lejanos, uno reconoce de inmediato que jamás el público, en teatro alguno, tuvo ante sí un espectáculo como el que se contempla allí. A la derecha, y a un lado sobre las rocas elevadas, se destacan castillos en el aire; más allá, la ciudad yace a tus pies, y aunque todos sus edificios son de fecha moderna, sin duda en la antigüedad hubo otros semejantes en el mismo lugar. Después de esto el ojo logra captar la totalidad de la larga cordillera del Etna, luego a la izquierda alcanza a divisar la orilla hasta Catania, y aun hasta Siracusa, y más allá, la amplia y extensa vista se cierra con el inmenso volcán humeante, pero no terrible, pues la atmósfera, con su efecto suavizante, lo hace parecer más lejano y benigno de lo que es en realidad». El lugar especial de Goethe era, colijo, el teatro griego, unas soberbias ruinas donde aún hoy se presentan ocasionalmente representaciones y conciertos.

Taormina es, desde el punto de vista escénico, tan imponente como lo afirma Goethe, pero es un pueblo extraño. Durante la guerra fue el cuartel de Kesselring, el general alemán; como consecuencia, se llevó su parte de bombardeos aliados. Aunque el daño fue leve, la guerra significó la ruina del pueblo. Hasta 1940 era, si se exceptúa a Capri, el más exitoso lugar de recreo en el Mediterráneo, al sur de la Riviera francesa. Aunque los americanos nunca han venido aquí, al menos en cantidades, tenía una buena reputación entre ingleses y alemanes. (Una guía de Sicilia, escrita por un inglés, y publicada en 1905, anota: «Taormina está invadida de alemanes. En algunos hoteles tienen mesas especiales para ellos, pues a las demás naciones no les gusta sentarse con los alemanes»). Ahora, por supuesto, los alemanes no están en situación de viajar, debido a las restricciones monetarias, tampoco lo están los ingleses. El año pasado, la ocupación del San Domenico, un antiguo convento que a fines del siglo diecinueve se convirtió en un hotel de mucho lujo, no fue en ningún momento de más de la cuarta parte; antes de la guerra era necesario hacer reservaciones con un año de anticipación. Este invierno, tal vez como una última medida desesperada, el pueblo, confiando en atraer así al público internacional, va a abrir un casino. Les deseo suerte: es necesario que alguien venga y les compre todos esos sombreros y bolsos tejidos a mano que se amontonan en los almacenes a lo largo del Corso. En cuanto a mí, Taormina me gusta como está ahora; tiene las comodidades de un centro turístico (agua corriente, un almacén con prensa extranjera, un bar donde se puede comprar un buen *martini*), sin los turistas.

El pueblo, pequeño, está encerrado entre dos entradas; cerca de la primera, Porto Messina, hay una plaza pequeña, sombreada de árboles, con una fuente y un muro de piedra, a lo largo del cual los vagos de la aldea se posan como pájaros sobre cables telefónicos. Daba yo uno de mis primeros paseos por Taormina cuando me sorprendió ver, sentado sobre este muro a un viejo vestido de pantalones aterciopelados y envuelto en una capa negra; el sombrero, de ala ancha de color de oliva, había recibido una hendidura para convertirlo en una corona tricorna con un pico, y el ala arrojaba su sombra sobre el rostro ancho, amarillento, un tanto mongol. Era una presencia sorprendentemente teatral, sólo que, al mirar con atención, comprendí que se trataba de André Gide. A lo largo de la primavera y hasta el comienzo del verano lo vi allí con frecuencia, ya sentado sin que nadie lo notara sobre el muro, en apariencia sólo un viejo más, ya curioseando por la fuente, donde, arropado con una capa al estilo shakespeariano, parecía observar su propio reflejo en el agua: *si jeunesse savait, si vieillesse pouvait*.

Debajo de los excesivos adornos, Taormina es un pueblo ordinario, y su gente tiene ambiciones, ocupaciones ordinarias. Sin embargo, muchos de ellos, los jóvenes en especial, poseen lo que llamo yo mentalidad de niños de hotel, niños que han pasado sus vidas en hoteles, y que saben que todo es transitorio, que el corazón jamás debe comprometerse, pues la amistad es asunto de días. Estos jóvenes viven, por así decirlo, «fuera» del pueblo; se interesan en los extranjeros, no tanto por razones de

lucro cuanto por la distinción que, según creen, les confiere tener conocidos ingleses y estadounidenses, y como la mayoría de ellos se las arregla, a un nivel primitivo, con varios idiomas, pasan los días en los cafés de la *piazza* conversando con los viajeros, de manera cortés y artificial.

Es una hermosa *piazza* centrada en un promontorio con vista al Etna y al mar. Diminutos burros de Cerdeña, uncidos a carretas talladas con delicadeza, pasan haciendo cabriolas; los cencerros tintinean con las carretas llenas de bananos y naranjas. Los domingos por la tarde, mientras la banda del pueblo toca un concierto excéntrico, pero pegajoso, hay un gran paseo, y cuando estoy allí siempre le echo el ojo a la hija del carnicero, una muchacha fuerte, carnuda, que toda la semana blande un hacha para cortar carne, con la ferocidad de cualquier varón; pero el domingo, peinada y perfumada, contoneándose sobre tacones de dos pulgadas de alto, y acompañada por el novio, un muchacho delgado que no le llega al hombro, hay en torno suyo un romanticismo, una atmósfera triunfal que frena las lenguas viperinas: suyas son la altivez, la creencia en sí misma; en eso debe consistir el espíritu de un paseo. A veces aparecen en la *piazza* actores viajeros: muchachos montañeros semejantes a cabras, que, en gaitas cubiertas de pelo, tocan melodías persistentes, de estilo tirolés; o, como ocurrió en la primavera, un cantor, un niño cuya familia se financiaba llevándolo todos los años en gira por la isla: su escenario era la rama de un árbol y allí, con la cabeza echada hacia atrás y la garganta temblando con brotes de canto de soprano que salen del corazón, cantaba hasta que su voz se cansaba, convertida en el más triste suspiro.

Al ir de compras, el *tabacchi* es mi última parada antes de salir para el campo. En Sicilia todos los tabaqueros son irascibles. Sus locales suelen estar atiborrados, pero pocos clientes compran más de tres o cuatro cigarrillos al menudeo: con una tacaña solemnidad, los curtidos hombres sueltan sus raídas liras, examinan en seguida con detalle los cigarrillos, los apretados cigarros que les han repartido —parece el momento más importante del día, esta visita al *tabacchi*; tal vez por eso son tan renuentes a dejar el lugar que ocupan en la fila—. Hay quizás veinte diferentes periódicos en Sicilia; grandes carteles de ellos se encuentran colgados frente a la tienda de tabaco. Una tarde, cuando entraba caminando al pueblo, comenzó a llover. No era una lluvia que valiera la pena; sin embargo, las calles estaban desiertas, no había un alma, hasta que llegué al *tabacchi* —había un gentío reunido allí, donde los periódicos, con titulares escandalosos, aleteaban en la lluvia—. Unos muchachos pequeños, de cabeza descubierta, estaban reunidos sin hacerle caso al agua, las cabezas juntas, mientras el mayor, señalando con el dedo la enorme fotografía de un hombre que yacía en un charco de sangre, leía en voz alta: Giuliano, muerto, acribillado en Castelvetro. Es triste, triste, qué lástima, qué pesar, decían los mayores; los jóvenes nada decían, pero dos niñas entraron al almacén y salieron llevando sendos ejemplares de *La Sicilia*, un periódico cuya primera página ocupaba totalmente un retrato gigante del bandido asesinado; protegiendo los periódicos de la

lluvia, las niñas salieron corriendo, cogidas de la mano, deslizándose por la brillante calle.

Luego llegó agosto; sentíamos el sol antes que saliera. Como cosa curiosa, aquí en la montaña abierta los días eran más frescos que las noches, pues con mucha frecuencia una brisa creciente se alzaba desde el agua; al caer el sol, el viento cambiaba de rumbo, araba el mar hacia el sur, hacia Grecia, África. Fue un mes de hojas silenciosas, estrellas fugaces, lunas rojas, una época de hermosas mariposas nocturnas, lagartijas dormidas. Los higos se partían, las ciruelas crecían, las almendras se endurecían. Una mañana me desperté oyendo el crepitar de cañas de bambú entre los almendros. En el valle, sobre las colinas, cientos de campesinos, trabajando en grupos familiares, estaban tumbando las almendras, para recogerlas luego del piso; y cantaban entre sí, con una voz que les servía de guía a las demás; eran como voces moriscas, flamencas, cuyos cantos no comenzaban en parte alguna, ni terminaban en ninguna parte, pero contenían el meollo del trabajo, del calor, de la cosecha. Gastaron una semana recolectando almendras, y cada día el canto llegaba a una intensidad no del todo sana. Por causa suya no podía ni pensar; había en mí una sensación tan avasalladora de vida extra. Al final, durante la locura de los últimos días, las fieras y bellas voces parecían surgir desde el mar, desde las raíces de los almendros; era como si uno estuviera perdido en una cueva de ecos, y cuando llegaban la oscuridad y el silencio, al borde ya del sueño, alcanzaba yo a oír, a pesar de todo, el sonido del canto; aunque uno tratara de reprimirlo, parecía a punto de contar una historia triste y dolorosa, a punto de darnos a saber algún conocimiento terrible.

No tenemos muchos visitantes en Fontana Vecchia; es una caminata demasiado larga para visitas accidentales, y pasan días en los que nadie toca a la puerta, fuera del muchacho del hielo. Rubio, avisado, el muchacho del hielo es un niño de aspecto estudioso, de once años de edad. Tiene una hermosa tía joven, con seguridad una de las muchachas más atractivas que he conocido jamás, y con frecuencia le hablo de ella. ¿Por qué, quería saber yo, no tiene A., la tía, ningún pretendiente? ¿Por qué está siempre sola, nunca va a los bailes o al paseo de los domingos? El del hielo dice que se debe a que su tía no está interesada en los hombres del pueblo, que se mantiene muy aburrida y sólo ansía irse para los Estados Unidos. Tal vez. Pero mi propia teoría es que los hombres de su familia son tan celosos de ella que nadie se atreve a acercársele demasiado. Los varones sicilianos se meten mucho en lo que sus mujeres hacen o dejan de hacer, y Dios sabe, a las mujeres parece gustarles. Por ejemplo, nuestra cocinera, G., de diecinueve años, tiene un hermano un poco mayor. Una mañana apareció con un labio partido, los ojos morados, una cuchillada en el brazo, y cubierta de golpes amarillo verdosos, de la cabeza a los pies. Era asombroso; debía estar en un hospital. Con una sonrisa ladeada, G. nos dijo, pues, que su hermano le había dado una golpiza; habían discutido porque él creía que ella iba con demasiada frecuencia a la playa. Claro está, aquélla nos pareció una objeción extraña: ¿cuándo

iba a la playa? ¿por la noche? Le dije que no le hiciera caso al hermano, que él era *repulsivo*, feo. Su respuesta, de hecho, fue que no me metiera en lo que no me importaba; dijo que su hermano era un buen hombre:

—Es buen mozo y tiene muchos amigos; sólo conmigo es un bruto.

A pesar de todo, fui donde el casero y me quejé de que al hermano de G. se le debía avisar que nosotros no toleraríamos que su hermana viniera a trabajar en un estado como éste. Pareció no entendernos: ¿por qué culpar al hermano? A fin de cuentas, él tiene el derecho de castigar a su hermana. Cuando comenté esto con el del hielo se manifestó de acuerdo con el casero, y aseguró con firmeza que si él tuviera una hermana que no hiciera lo que él le ordenaba, también le daría una golpiza. Una tarde de agosto, una época de lunas tan absurdas, el del hielo y yo tuvimos un intercambio, breve pero espeluznante. Me preguntó: ¿Qué piensa usted del hombre lobo? ¿Le da miedo salir después de anochecer? Sucede que aquel mismo día había oído hablar del espanto del hombre lobo: un muchacho que iba camino a casa, tarde en la noche, afirmaba que había sido incitado por un animal que aullaba, un ser humano en cuatro patas. Pero yo me reí. Tú no crees en hombres lobos, ¿verdad?

—Oh, sí. Antes había muchos hombres lobos en Taormina —dijo; sus ojos grises me miraron con fijeza; luego, encogiéndose de hombros, desdeñoso, dijo—: Ahora sólo hay dos o tres.

Y así llegó el otoño, está aquí en el presente, un viento de pandereta, un espíritu de humo que se mueve entre los árboles amarillos. Ha sido un buen año para las uvas; es dulce en el aire el aroma de las uvas que han caído sobre la tierra negra, vino nuevo. Las estrellas salen a las seis; sin embargo, no hace demasiado frío para no tomar un *cocktail* sobre la terraza y observar, a la luz resplandeciente de las estrellas, las ovejas con sus caras de Buster Keaton que bajan del pastizal, y las cabras, cuyos movimientos de rebaño producen el sonido del arrastrar de ramas secas. Ayer, unos hombres nos trajeron una carretada de madera, así que no le temo a la llegada del invierno: ¿qué mejor prospecto que sentarse junto al fuego, a esperar la primavera?

MAGIA EXTREMA

(1967)

¡ AGOSTO de 1966! A bordo del *Tritona*. Otros a bordo: Gianni y Marella Agnelli (anfitriones), Stash y Lee Radziwill, Luciana Pignatelli, Eric Nielsen, Sandro Durso, Adolfo Caracciolo, su hija Allegra y su sobrino Carlo. Siete italianos, un danés, un polaco y dos de *nosotros* (Lee *et moi*). Hmm.

Punto de partida: Brindisi: un puerto marítimo bastante sexy en el Adriático italiano. Destino: las islas y la costa de Yugoslavia, un crucero de veinte días que terminará en Venecia.

Son las once p. m., y teníamos la esperanza de zarpar a media noche, pero el capitán, un sensato caballero alemán, se queja del viento que se levanta y considera inseguro arriesgarnos en el mar antes del amanecer. ¡Qué importa! El muelle junto al yate está inundado de luces de cafés, de sonidos de piano y de marineros negros y noruegos que curiosean entre brigadas de lindas rameritas que andan meciendo sus bolsos (una de ellas es una hembra muy dispuesta, de un pelo color de pimentón).

Gemidos. Quejas. Ay ay ay, pégate contra la pared. Y arrástrate, Dios santo, por favor. Por favor, Dios santo. Despacio, despacio, una por una: sí, estoy trepando a gatas las escaleras desde mi camarote (donde las olas verdes se destrozan contra las portillas), *arrastrándome* hacia la pretendida seguridad del salón.

El *Tritona* es una nave lujosa construida sobre la base de fondo amplio de un caique griego. Propiedad del Conde Theo Rossi, quien se la prestó a los Agnelli para el crucero, está amoblado en su totalidad como el apartamento de un coleccionista de arte de elegante humor: el salón es un invernadero de plantas florecidas —un enorme Rubens domina la pared, encima de un conjunto de cojines de terciopelo.

Pero en esta mañana concreta, el primer día del viaje, mientras cruzábamos los bravos mares entre Italia y Yugoslavia, el salón, cuando por fin he llegado arrastrándome hasta él, es un desastre que se sacude. Un televisor se cayó. Las botellas del bar andan rodando por el suelo. Hay cuerpos esparcidos por todas partes como la secuela de una matanza de indios. Uno de los más selectos pertenece a Lee (Radziwill). Mientras paso arrastrándome junto a ella, abre un ojo mareado y, en un suspiro de hospital, dice:

—Ah, eres tú. ¿Qué horas son?

—Las nueve. Más o menos.

Gemido. —¿Apenas las nueve? ¿Y esto va a durar todo el día? Ah, si sólo hubiera escuchado a Stash. Él dijo que no debíamos haber venido. ¿Cómo te sientes?

—Tal vez logre sobrevivir.

—Tienes un aspecto increíble. Amarillo. ¿Te has tomado alguna píldora? Ayudan, un poco.

Eric Nielsen, tirado boca abajo y algo torcido, como si un asesino armado de hacha lo hubiera derribado desde atrás, dice:

—Cállense. Yo estoy peor que cualquiera de ustedes dos.

—El problema —dice Lee— el problema de las píldoras es que ¡dan una sed! Y luego se muere uno por un poco de agua. Pero si toma agua, se marea aún más.

Absolutamente cierto, como aprendí después de tragarme dos píldoras. Sed no es el término adecuado; era como si uno hubiera estado preso en el Sahara por medio año o más.

El camarero había arreglado un desayuno de buffet, pero nadie se le había acercado. Poco a poco aparece Luciana (Pignatelli). Luciana, con un insoportable aspecto, sereno y hermoso —los pantalones inmaculados, cada dorado mechón de pelo en su punto, y el rostro, en especial los ojos, un triunfo del maquillaje perfecto.

—Ay, *Luciana* —dice Lee, en un tono dolido, ahogado— ¿cómo lograste hacerlo?

Y Luciana, echándole mantequilla a una tostada y cubriéndola con mermelada de albaricoque, dice:

—¿Hacer qué, querida?

—Arreglarte la cara. Yo estoy temblando tanto que no puedo ni sostener un lápiz labial. Si hubiera intentado hacer lo que tú le has hecho a tus ojos —todas esas líneas *egipcias*— me hubiera sacado un ojo.

—¿Temblando? —dice Luciana, haciendo crujir su tostada al masticar. ¡Ah! ya veo. Tienes problemas por el movimiento del barco. Pero no es tan horrible, ¿verdad?

Eric dice:

—Cállate, muchacha. He estado en cientos de barcos y jamás me había mareado antes.

Luciana se encoge de hombros. —Como quieran—. Llama al camarero, que llega, tambaleándose de un lado para otro. —¿Me trae un huevo, por favor?

Lee dice:

—Ay, Luciana, ¿cómo *te atreves*?

El mar se calmó al atardecer de este día, cuando el *Tritona* se acercaba a la pedregosa costa de Montenegro. Todos, sintiéndose mucho mejor, están en cubierta mirando hacia abajo, a las profundidades de verde cristal que se van deslizano. De repente un trío de marineros, de pie en la proa del barco, comienza a gritar y a hacer señales: un inmenso delfín corre a nuestro lado.

El delfín salta, se arquea, desciende alegre y se pierde, salta como la risa materializada, se hunde de nuevo, y esta vez desaparece. Entonces los marineros, reclinados sobre la baranda, comienzan a entonar una curiosa e intensa cantinela silbada, y el silbido es una melodía de Ondina que, según lo saben los hombres del mar, hará regresar a la criatura. ¡Y regresa! —encumbrándose hacia el cielo, coronada de chispas de agua.

El delfín nos guía por la costa hasta una cueva, girá luego y busca el mar abierto más profundo, que empieza entonces a oscurecer.

Las lámparas del pueblo iluminan la distancia; pero el único que quiere desembarcar es Gianni (Agnelli), con su espíritu siempre a la búsqueda. Los otros tenemos más sentido común. Y, de todas formas, tengo por política dejarles a los demás el turismo profesional —nunca me ha interesado agobiarme con iglesias y esa clase de reliquias—. Me gustan la gente, los cafés, y los artículos de las vitrinas de los almacenes. A Yugoslavia, a pesar de diferir felizmente de la mayor parte de los estados socialistas, la afectan, por desgracia, aquella misma *tristesse*, aquella misma atmósfera de vistas vacías, de no haber adonde ir ni tener nada qué hacer cuando uno llega, que comienzan con sólo pasar el Muro de Berlín.

Como suele ocurrir en estos países, los estantes de los almacenes están repletos de mercancía, pero nada es como para que uno quiera comprarlo, ni siquiera como regalo para una madrastra cruel. De vez en cuando se topa uno con un vendedor callejero que ofrece tapetes nativos bien bonitos; y si a uno le gustan los licores, el mejor Maraschino del mundo, una obra maestra del arte de destilar, es creación yugoeslava. Por lo demás, cero, un infierno para el que va de compras.

Ni que hablar de los restaurantes; como en Rusia, el servicio es muy Entre y Tome, cada comida una prueba de resistencia. Una cena en el mejor restaurante de Dubrovnik es sólo un programa así-así. Y lo raro es que la calidad de los productos que se consiguen en el mercado es excelente. En las ciudades costeras mayores, como Split, los mercados se extienden irregulares, como enormes colchas de retazos, un diseño compuesto de tomates y duraznos y rosas y jabón y pepinos y perniles de cerdo y troncos de animales abiertos, colgados patas arriba. Y por todo aquello, por encima de todo, se cierne una ruidosa y punzante nube de avispas. Estas avispas son como un emblema político, una amenaza sutilmente evocada: raras veces pican, pero uno no puede escapárseles, pues son un factor constante en el paisaje yugoeslavo: una parte del aire, inevitable aun a bordo del *Tritona*, donde, mientras almorzamos a bordo, las avispas danzan en una nube amarilla sobre los vinos y el melón.

Ayer nos sirvieron unos melones muy raros al almuerzo —con color de melón *cantaloupe*, pero esponjosos y dulces como los *honeydew*—. Marella dijo: —¡Absolutamente divino! Me pregunto de dónde vendrá esa clase de melón.

Y la linda Princesa Pignatelli, que ha pasado buena parte del viaje arrobada leyendo un libro llamado *Los grandes gastadores* (de Lucius Beebe), sale de su concentración:

—¿Los Mellon? Son de Pittsburgh.

—Con una semana basta. Diez días es el máximo permisible —anotó Stash (Radziwill), refiriéndose a la cantidad de tiempo que consideraba posible gastarse dentro de los límites de un crucero en yate; y parece que la mayoría de los que pueden juzgar secundan su opinión. Diez días es el límite, sin que importen ni el encanto de la compañía ni la fascinación del paisaje—. Pero yo no estoy de acuerdo. Para mi mente, mientras más tiempo dure un crucero, tanto más intoxicante se hace —un extraño soñar despierto a la deriva, una droga compuesta de sol y movimiento y vistas que pasan flotando, levantando y deprimiendo el espíritu hasta un estado de letargo alerta.

Además, me gusta la rutina del barco. Las mañanas del *Tritona* se emplean en tierra, en ciudades puertos o en aldeas islas; cerca del mediodía el elenco, dividido en grupos de a dos o de a tres, regresa a bordo; luego, parte de nuevo en lanchas rápidas, hasta ensenadas y playas aisladas, para nadar una hora. Cuando todos se han reagrupado, nos reunimos sobre la cubierta superior, expuesta al sol, a beber y, en el caso de los atletas, para una sesión de ejercicios dirigida por Luciana («mi figura ha mejorado un setenta por ciento desde que empecé a levantar pesas»).

En seguida, el almuerzo (chef italiano, cantidades de deliciosos platos de pasta, estoy ganando como media libra por día, pero qué carajo). Y cuando comenzamos a almorzar, el yate zarpa; toda la tarde en crucero hasta el próximo destino, donde por lo general se llega al anochecer.

Ayer, después de dejar atrás la languidez de un fiordo a la noruega, nos fuimos todos juntos en dos lanchas rápidas, a explorar las hermosas aguas que rodeaban una islita rocosa. Fue allí donde nos topamos con el pescador antipático.

Era un hombre musculoso, bien parecido, moreno y desnudo, a no ser por unos pantalones *denim* recogidos hasta la rodilla; no era joven —pero tenía unos juveniles cincuenta años—. Su bien construido botecito estaba anclado en la ensenada donde nos habíamos detenido para nadar. Él y su tripulación, tres hombres mucho más pequeños que su capitán, estaban en la orilla encendiendo una hoguera bajo una gran olla de hierro. El capitán, hachuela en mano, partía enormes troncos de pescado, que arrojaba en la marmita.

Fue Eric quien preguntó por qué no les comprábamos pescado, por lo que todos nadamos hasta la playa y Eric y yo fuimos a discutir el asunto con los pescadores. Ninguno de ellos dio señales de percibir nuestra llegada. Simplemente, de modo más bien extraño, hicieron como si no estuviéramos allí. Al fin Eric, en italiano, idioma que la mayoría de los marinos yugoeslavos hablan o entienden, los felicitó por su magnífica pesca y, señalando un *loup* en especial, preguntó cuánto valía. El hosco capitán, con un gruñido seco, respondió:

—Trescientos dólares —¡y lo dijo en inglés!

A la sazón llegó Marella, que nos dijo:

—Cree que todos somos norteamericanos. Por eso está siendo tan rudo.

Luego, volviéndose hacía el capitán, que seguía preparando su cocido sin inmutarse, anunció:

—Yo soy italiana.

Y en italiano dijo el capitán:

—Tampoco los italianos sirven para nada. ¿Por qué? —gritó, señalando el potaje de aspecto delicioso que hervía a fuego lento en su olla— ¿por qué vienen ustedes aquí y se ponen a mirar nuestra comida? ¿Acaso *nosotros* miramos la de ustedes? —señaló hacia el yate que se mecía a lo lejos sobre el mar ultranítido—. ¿Nos subimos acaso a su elegante barco y los observamos mientras comen ustedes su comida?

—Pues —dijo Marella, mientras nos alejábamos caminando— el muchacho tiene razón, ¿no?

—Personalmente —dijo Eric— creo que lo debían acusar ante la Oficina de Turismo.

¿Hay algún comentario novedoso que pueda hacerse sobre Dubrovnik? Se parece a algún sector de Venecia, desecados los canales y desnudo de color gris, medieval, italiana, sin el brío italiano. En otoño el invierno debe ser, por lo vacía, muy impresionante; pero en verano está tan atiborrada de veraneantes en excursión, que apenas si encuentra uno por donde caminar. Y para los vacacionistas el gobierno ha organizado una vida nocturna bastante sorprendente, del todo distinta a la que este escritor de diarios ha visto en otros de los llamados países comunistas (que, con excepción de Albania y China, incluyen a todo el grupo).

Arriba de la ciudad, clubes nocturnos con vista al mar palpitan toda la noche; uno en especial, un lugar al aire libre, unido a un señor casino, organiza un espectáculo que recuerda aquella contradanza erótica de La Habana precastrista. Y de hecho la estrella del show resultó ser aquella antigua leyenda cubana: ¡Supermán!

Quienes recuerdan al Supermán de La Habana dirán con interés que este acto, que antes consistía en una relación sexual vigorosa sobre un escenario fuertemente iluminado, ha cambiado: él es ahora el componente masculino de un equipo de danza. Él y su pareja se retuercen al golpe de los bongos, quitándose el atuendo el uno al otro, poco a poco, hasta que se revela una desnudez tal que Supermán parece listo a entrar en la rutina que otrora lo hiciera tan famoso —pero allí se detiene—. El asunto en su totalidad es más bien humorístico, aunque Dios sabe que al público no le parece así: su reacción es una especie de estupor, la atónita atención de unos niños granujas en una exposición de Ann Corio.

Ahora, dejando el clima cálido y húmedo del sur, navegamos constantes en dirección al norte, hacia esferas donde el aire, aunque sólo se trate de finales de agosto, tiembla helado, como si ya se hubiera acabado septiembre. Es como si una

fría bola de cristal hubiese descendido, encerrando y acallando el mar verde, el cielo y la costa que se desliza, cada vez más verde: atrás han quedado el gris montenegrino, duro y pedregoso, la palidez subtropical, pues ahora, cada día que pasa en dirección al norte se hace la escena más fructífera; hay árboles y campos llenos de flores silvestres y viñedos con sus uvas y pastores que mastican a la orilla del Adriático.

Me siento sacudido por una magia extrema, una felicidad expectante —como me ocurre siempre que llega la sensación del otoño, pues el otoño nunca me parece un final sino un comienzo, el auténtico comienzo de todos nuestros años nuevos.

Y así nuestro viaje se detuvo en las brumas de una tarde veneciana. Con la niebla marítima que volvía borrosas las luces de San Marcos y las boyas marinas que daban lastimeros anuncios acuáticos, el *Tritona* entró a la más triste y hermosa de las ciudades y ancló *alla Salute*.

La tónica a bordo no es toda triste; los marineros, muchos de ellos venecianos, silban y gritan amistosos, mientras lanzan cordeles y bajan las lanchas. En el salón, Eric y Allegra bailan con un fonógrafo, Y yo, acurrucado en la oscuridad, en la cubierta superior, me siento muy contento, contento con el frío prometedor del aire, con las luces aceitosas que titilan, y con el pensamiento de una inminente visita al Bar de Harry.

He aguantado hambre todo el día porque... ¡Oh, cuánta alegría al abandonar la noche de afuera, para poder llegar a la conversación acogedora del Bar de Harry, a pasar aquellos sanduchitos de camarón, con un *martini* helado o con tres!

PÁRRAFOS GRIEGOS

(1968)

AMIGOS italianos me invitaron, unos cuantos veranos atrás, a un crucero por las islas griegas, a bordo de un yate de vela particularmente grácil. En una mañana de julio debíamos zarpar desde el Pireo. El mar estaba en calma, el barco refulgía, el capitán y su tripulación nos esperaban con uniformes tan blancos como las iglesias de Mykonos; y yo, por supuesto, me encontraba allí. Por desgracia, una tragedia repentina, una muerte en la familia, retuvo a mis anfitriones; éstos, aunque no podían reunirse conmigo, insistieron en que yo procediera a realizar el crucero. ¡Imagínense, todo un yate a disposición de un único pasajero! Sólo la persona más loca, la más rica, la más egoísta, podría haber concebido, de modo deliberado, una tal aventura. Sin embargo, como había ocurrido por accidente, no sentí ni culpa ni duda. *Avanti*.

Adjunto algunas notas del viaje.

MELOCOTONES

Me disgustan los vinos griegos; sin embargo, hay uno blanco sin resina que es tan seco y ligero como los mejores suaves italianos. Se llama Rey Minos y ahora, sentado bajo la luz de las estrellas, en la cubierta de popa, acabo de beberme media botella mientras me comía dos enormes melocotones. Melocotones del tamaño de melones tipo *cantaloupe* y del color de la carne del *cantaloupe*. Melocotones de una textura deliciosamente blanda y de una dulzura jugosa como un licor. Y pensar que son el producto de una de las islas griegas, estos trozos montañosos de desierto rodeado de mar. Uno no habría pensado posible cultivar tales melocotones en el más verde jardín persa, mucho menos aquí, sobre estas rocas tostadas por el sol. Pero son de aquí, pues el cocinero los compró en Santorín, donde hemos fondeado para pasar la noche.

La tripulación desembarcó y subió Subió SUBIÓ hasta la aldea de Santorín. Una buena trepada, cuestión de varios miles de escalones y de vistas de vértigo. Llegué hasta allá hoy por la tarde, a horcajadas en uno de esos frágiles y valerosos burritos atosigados por las moscas, bendito su esforzado corazón. Me sentí muy avergonzado de mí mismo; además tenía las nalgas adoloridas, por lo que regresé a pie.

El cielo, una hoguera de estrellas —tan inflamado como los cielos sobre el Sahara—. El mecerse de caiques. El mecerse de caiques anclados. Música de un café del puerto. Un viejo con olor a aguardiente baila frente al café. El fresco Rey Minos que

calienta mis venas, el sabor de los melocotones que sigue presente, el perfume de las pieles de melocotón que satura el aire suave, salado y acre.

MELTEMI

Maldito viento, el *meltemi*. Ayer fuimos atrapados en su medio, un hecho inevitable en los mares veraniegos de Grecia, pues el maldito sopla fuerte casi todo julio y agosto. Hace algunos años pasé el verano en las Cicladas, en la isla de Paros, con seguridad la guarida favorita del *meltemi*: en realidad, raras veces se marcha de allí, sale más bien despedido por la isla, rugiendo como voces espectrales de marineros ahogados, de siglos de marineros estrellados contra sus orillas.

Sí es en realidad un viento malvado, irritante, que destroza los nervios. Y observen lo que le hace a la economía, a la dieta de los isleños: cuando los pescadores no pueden pescar, como ocurre al rugir el *meltemi*, el menú de un isleño, ya de por sí pobre, se reduce a la mitad.

Abril es el mejor de los meses para venir aquí de visita: campos cubiertos de flores silvestres, anémonas, violetas blancas, y el agua, verde como un capullo de primavera, alcanza apenas a calentar lo suficiente para un baño enérgico. Abril... o el final de septiembre, cuando el agua guarda aún el calor suficiente (si no objetas tener que compartirla con los gansos migratorios que se lanzan abruptamente desde el cielo, para nadar a tu lado), y el *meltemi* ha dejado de andar merodeando.

Pero hasta ayer no había experimentado jamás un *meltemi* en el mar. Me encontraba abajo cuando llegó; aún así, pude escucharlo acercarse por el agua, un ruido ligero, confuso, como un murmullo de plumas. El barco se sacudió, giró, los peces se asomaron por las portillas; parecía que el mástil tenía que romperse: ¡cuán próximos nos encontramos todos de ir a reunirnos con aquel quejumbroso coro de marineros ahogados! Al anochecer murió y nos apresuramos a escondernos en una ensenada.

UNA HISTORIA TERRIBLE

En la tripulación hay yugoeslavos, griegos y, sobre todo, italianos. El capitán es italiano. No le gusta mucho el yate pues no le agradan los veleros, ni siquiera aquella perla negra del Egeo, el *Creole* de Niarchos. Dice que son románticos pero exigen demasiado trabajo de la tripulación. Habla inglés, lo habla bien, y es un hombre juvenil con ojos dramáticos y voz de timbre oscuro; bien podría haber sido actor; todos los actores son mentirosos, jamás he conocido a alguno que no lo fuera. Pero tal vez el capitán no sea un mentiroso. De todos modos, esta mañana pasamos frente a Delos sin detenernos, porque yo había estado allí dos veces antes; y la visión fugaz de las ruinas de mármol que pasaban deslizándose en una trémula niebla de lavanda le recordó una historia. Al almuerzo me la contó. Me juró que era verdadera.

—«Ocurrió cuando yo era un muchacho de diecisiete años, y formaba parte de la tripulación de un yate que pertenecía a un ingles, Lord Sickle. Ahora bien, Lord Sickle con frecuencia alquilaba su yate y en el mes de agosto de aquel año se lo había arrendado a una hermosa inglesa: una viuda, de cuarenta años, diría yo, muy alta, de cintura diminuta, y tan elegante. Tenía un hijo, un joven de más o menos dieciséis años y también muy hermoso y elegante, que, sin embargo, era lisiado: tenía una pierna atrofiada, en un aparato ortopédico, y caminaba con dos bastones. Pero un genio, el muchacho. Un estudioso. Para satisfacerlo, emprendió la madre el cruce por Grecia; porque él quería ver los lugares que conocía tan bien por sus estudios».

»Subieron a bordo en compañía de una sirvienta y un paje; salvo éstos, se hallaban solos, y con frecuencia he pensado que aquello fue una lástima. De haber tenido amigos allí, tal vez no habría ocurrido aquello. Había una extraña isla que el muchacho quería visitar Al norte de Delos. Sí, al norte. No puedo recordarlo con precisión. Era una isla de sólo unos pocos acres y prácticamente desconocida; con todo, él la conocía y hablaba de un templo que había allí, muy bien conservado.

»Llegamos *après midi* y debimos anclar a más de una milla de la orilla, a causa de la marea baja. El muchacho estaba muy emocionado. Había decidido empacar comida y pasar la noche a solas con su madre en la isla; quería ver el templo a la luz de la luna y dormir en la playa. La madre lo quería mucho. Demasiado. Se rió y ordenó una comida campestre.

»Fui yo quien los llevó remando hasta allá y quien los dejó en la playa; y fui yo quien regresó al alba, a recogerlos. El muchacho estaba muerto, desollado y convertido en un esqueleto; y la madre, a quien encontré chapoteando en el agua, estaba irreconocible —espantosamente mutilada, medio loca.

»Sólo algunos meses más tarde, meses transcurridos en un hospital de Atenas, pudo ella contarle a un tribunal de investigación lo ocurrido. Dijo: “En un comienzo, todo era agradable y sereno. Estuvimos caminando por el templo hasta que cayó la tarde, luego extendimos nuestra comida sobre unas escalas; mi hijo Eric dijo: ‘mira, vamos a tener luna llena’. Podíamos ver las luces del yate que se mecía a lo lejos. Deseé haber dejado al marinero con nosotros. Porque, a medida que la luna se espesaba e iluminaba empecé a desconfiar del paisaje, no sé por qué. Y gradualmente me hice consciente de que había un ruido. Garras. Un glacial corretear. Y una gigantesca rata parda, otra y otra más, cayeron con dientes cortantes sobre nuestro *picnic*. Una horda de ratas salía a borbotones del templo, cientos se desgranaban a la luz de la luna. Eric gritó; trató de correr y se cayó, y yo tuve que arrastrarlo de los brazos, pero las ratas habían caído sobre nosotros, por todas partes, incluso nadaron, persiguiéndonos en el agua, volvieron a llevar a Eric a la playa, y nadie me oyó durante toda la noche en que sangré y grité y lloré allá en el mar”».

El capitán encendió un cigarro:

—Esta mujer vive aún. Vive en Niza. La he visto, sentada en una *chaise* en la alameda. Un velo la cubre del todo. Me dicen que jamás habla con nadie.

OBSERVACIONES

1. Muchos griegos educados participan de una afectación presuntuosa: obsesionados con las uñas, las miman sin cesar, dejando que la uña de cada meñique crezca hasta llegar a la longitud de las de la dama de un dragón. Esto, con el fin de que sus inferiores sepan que trabajan con la cabeza, no con las manos, 2. Los hombres de negocios griegos también participan de una afición excéntrica: jugar con camándulas de cuentas de ámbar o de marfil, mientras los nerviosos dedos van pasando de cuenta en cuenta, sobándolas, contándolas. Esta conducta, se dice, alivia la tensión que sus asuntos les producen, y previene las úlceras. 3. Lo que tienen en común la mayoría de los griegos, hombres y mujeres, son las supersticiones médicas. Aun en la aldea más humilde hay un vendedor que expende pequeñas réplicas, troqueladas en láminas de hojalata brillante, de manos, corazones, pies, orejas, ojos. Si, por ejemplo, te estás recuperando de una coronaria, pues simplemente consigues un corazón de lata, lo llevas sobre tu persona, y a poco, el órgano realmente enfermo se habrá curado, por arte de magia. Los Auténticos Creyentes no se reducen a los campesinos y amas de casa de clase media, sino que incluyen a muchos intelectuales. Una vez, cuando vivía yo en Paros, le mencioné a un tal Profesor Calliope, lingüista de gran renombre, que mi padre estaba casi ciego y que yo mismo tenía mucho miedo de que la vista llegara a fallarme. Me compró un par de ojos de lata, e insistió en que fuéramos a pie, por entre las cortinas de vibrante calor de agosto, hasta un convento de monjas en las montañas, donde vivía una famosa abadesa dotada de poderes de brujería: tan pronto como hubiese ella bendecido mis medallas, se habrían acabado mis cuitas. En el monasterio me hicieron sentir como un misionero cautivo en alguna peligrosa aldea hotentote: las monjas, poco acostumbradas a los visitantes, se reunieron en torno a mí, riéndose todas, tocándome y pellizcando —pellizcando de verdad, como para juzgar cuán jugoso estaría cuando me pusieran a hervir—. Pero pronto el profesor las calmó y nos sirvieron agua fresca y confites de cristal que olían a rosas y que contenían trozos de hoja de rosa. En cuanto a la abadesa, habíamos llegado demasiado tarde: había muerto la semana anterior.

UNA ENSENADA AZUL

El único paisaje que me aburre es aquel del que no me puedo imaginar a mí mismo comprándome una parte: por lo general, si un lugar me ofrece el más mínimo atisbo de darme una mejora, considero de inmediato la posibilidad de comprarlo o de construir una casa allí. ¡Las centenares de propiedades que he construido mentalmente! Pero ahora me ha ocurrido algo serio. En los últimos días hemos estado navegando en torno a Rodas, quedándonos mucho en la perfecta y pequeña bahía de Lindos. Un estadounidense conocido, dueño de una casa arriba de Lindos, me llevó a ver lo que, en su opinión, debo poseer. Yo también lo creo. Es una casita campesina, de piedra, situada dentro de una ensenada en forma de herradura; la playa es de una

arena como el azúcar, y el agua, totalmente protegida, es tranquila como un zafiro que brilla en la vitrina de un joyero. Podría ser mía por tres mil dólares: una inversión de otros cinco o seis dejaría la casa en un estado delicioso. Es una posibilidad que enciende la imaginación.

De noche pienso: sí, lo haré, pero por la mañana recuerdo: la política, la vieja mortalidad, los compromisos emocionales inconvenientes, las imposibilidades de la lengua griega, un trillón de dificultades. Aun así, debiera tener el valor; jamás volveré a hallar nada tan ideal como aquello.

EN UN CAFÉ

Dejé el yate en Rodas y esta mañana volé a Atenas. Ahora, cuando no ha llegado aún la media noche, estoy sentado solo en un café al aire libre, en la Plaza de la Constitución. No hay muchos clientes, aunque reconozco entre ellos a una mujer a quien había visto hace años en Tánger, donde era prácticamente la Reina de la Casbah (en una Versión de Belleza Sureña): Eugenia Bankhead, la hermana, aún más voluble, de Tallulah. Está discutiendo con un compañero negro. Viéndolo bien, muchos de los trotamundos que solían mantenerse por Tánger frecuentan ahora a Atenas. En la acera del frente del lugar donde estoy sentado puedo ver toda especie concebible de buscavidas, desde musculosos estibadores hasta rollizas bellezas egipcias, con onduladas pelucas plateadas.

Hace mucho calor y el ubicuo polvo blanco de Atenas nubla el aire, cubre la calle y mi mesa, como la áspera costra de una lengua biliosa. Recuerdo la casa de piedra en la ensenada azul. Pero es cuanto haré jamás. Recordarla.



TRUMAN CAPOTE (Nueva Orleans, Estados Unidos, 1924 - Los Ángeles, California, Estados Unidos, 1984). Periodista y escritor, Capote sigue siendo uno de los autores más controvertidos de la historia de la literatura norteamericana. Criado por su tía después de que su madre le abandonara, Capote pasó su adolescencia junto a ésta y su marido en Nueva York, donde a la temprana edad de diecisiete años empezó a trabajar para el «New Yorker Magazine». Pronto su rigurosa escritura llamó la atención de los editores del país, publicando su primera novela, *Other voices, other rooms* en 1948. El éxito editorial vino acompañado del éxito social y el joven escritor pronto se convirtió en un asiduo de las fiestas y celebraciones varias de la alta sociedad. Tachado de frívolo e interesado, lo cierto es que la élite norteamericana que le rodeaba le sirvió de inspiración para escribir —cuando ya había publicado *El arpa de hierba* (1951)— *Desayuno en Tiffany's* (1958), que posteriormente sería llevada a la gran pantalla.

Sediento de experimentar con los géneros literarios, se aventuró luego en uno de sus proyectos más ambiciosos, *A sangre fría* (1966), la historia del asesinato de una familia de granjeros de Kansas, que el escritor había leído en el diario. Su intenso y laborioso trabajo de investigación dio los frutos que él se había propuesto recoger: crear una novela periodística, es decir, una obra que tuviera la credibilidad de una noticia, la inmediatez de una película, la precisión de un poema y la profundidad de la prosa. Después de empezar a escribir la polémica *Answered Prayers* —que nunca terminó, en parte por el escándalo que ella causó entre su círculo de amigos—,

Capote cayó en una depresión que lo arrastró al mundo de las drogas y el alcohol. De hecho, después de esta obra inacabada su producción literaria menguó notablemente.

Antes de morir, publicó *Música para camaleones*, una recopilación de cuentos y entrevistas que anteriormente ya habían salido a la luz en las distintas revistas donde colaboró a lo largo de su vida. En 1999 se publicó en nuestro país *Los perros ladran*, un conjunto de textos inéditos que constituyen, en palabras del autor, «un mapa en prosa, una geografía escrita de mi vida desde 1942 hasta 1972». Recientemente también se ha publicado su epistolario (*Un placer fugaz. Correspondencias*). y *Crucero de verano*, la primera ficción de Capote —escrita en 1943— y que éste se negó a sacar a la luz.

Notas

[1] El viudo negro. La palabra inglesa para viuda es widow. Nótese la supresión de la w final; para viudo, el término inglés es widower (*Nota del traductor*). <<

[2] La edición inglesa dice *shy* (tímido) pero el contexto parece indicar que hay aquí un error tipográfico: la palabra original debió ser *sly* (marrullero) (*Nota del traductor*). <<

[3] La edición inglesa dice *egotistical* (egoístas); parecería más lógico el epíteto *hedonistical* (hedonista). (*Nota del traductor*). <<

[4] *Toll House*: caseta de peaje (*Nota del traductor*). <<

se

COLOR
LOCAL

Truman
Capote



